

Leg. 2.º de la S. al n.º 22.

EL SI DE LAS NIÑAS.

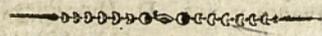
COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

SU AUTOR

Tea 14145-11, a1

INARCO CELENIO P. A.

1834



PERSONAS.

934
Don Diego.
Don Carlos.
Doña Francisca.
Doña Irene.



Mam. Rita.
Don Simon.
Cubra Calamocha.

[Handwritten signature]

La Scena es en una posada de Alcalá de Henares.

El teatro representa una sala de paso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una mas grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho á un lado.

Una mesa enmedio, un banco, sillas, &c.

ACTO PRIMERO.

SCENA I.

Don Diego. Simon.

D. Die. **N**o (1) han venido todavía!
Sim. No señor.
D. Die. Despacio la han tomado, por cierto.
Sim. Como su tía la quiere tanto, segun parece, y no la ha visto desde que la llevaron á Guadalajara.
D. Die. Si. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluido.
Sim. Ello tambien ha sido estraña deter-

minacion, la de estarse usted dos dias enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir, y sobre todo, cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del Hijo pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles y la conversacion ronca de carromateros y patanes, que no permitea un instante de quietud.
D. Die. Ha sido conveniente el hacerlo así. Aqui me conocen todos. El Corregidor, el señor Abad, el Visitador, el Rector de Málaga.. Qué sé yo! Todos.. Y ha sido preciso estarme quieto y no esponerme á que me hallasen por ahí.
Sim. Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. Pues hay mas en esto, que haber acompañado usted á Dña Irea

y no he querido que nadie me viera.

(1) Sale D. Diego de su cuarto. Simon que está sentado en una silla, se levanta.

hasta Guadalajara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid?

D. Die. Si, hombre, algo mas hay de lo que has visto.

Sim. Adelante.

D. Die. Algo, algo... Ello tú ~~te~~ ~~cabó~~ lo has de saber y no puede tardarse mucho... Mira, Simon, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien y me has servido ~~muchos~~ años con fidelidad. Ya ves que hemos sacado á esa niña del convento y nos la llevamos á Madrid.

Sim. Si señor.

D. Die. Pues bien... Pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

Sim. Bien está, señor. Jamás he gustado de chismes.

D. Die. Ya lo se, por eso quiero fiarme de tí. Yo á la verdad nunca habia visto á la tal Doña Paquita; pero median-te la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella: he leído muchas de las cartas que escribía, he visto algunas de su tia la Monja, con quien ha vivido en Guadalajara; en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear, acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla, he procurado observarla en estos pocos días, y á decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

Sim. Si por cierto. Es muy linda y...

D. Die. Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo aquel candor, aquella inocencia! Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... Si señor, mucho talento... Con que, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

Sim. No hay que decirmelo.

D. Die. No? Por qué?

Sim. Porque ya lo adivino. Y me parece excelente idea.

D. Die. Qué dices?

Sim. Excelente.

D. Die. Con que al instante has conocido?

Sim. Pues no es claro?... Vaya!.. digole á usted que me parece muy buena boda. Buena, buena.

D. Die. Si señor. Yo lo he mirado bien y lo tengo por cosa muy acertada.

Sim. Seguro que si.

D. Die. Pero quiero absolutamente que no se sepa, hasta que esté hecho.

Sim. Y en eso haee usted bien. *muy*

D. Die. Porque no todos ven las cosas de una manera y no faltaria quien murmurase y dijese que era una locura, y me...

Sim. Locura! Buena locura!.. Con una chica como esa, eh?

D. Die. Pues, ya ves tú. Ella es una pobre... eso si, Porque, aquí entre los dos, la buena de Doña Irene se ha dado tal prisa á gastar desde que murió su marido, que si no fuera por estas benditas Religiosas y el Canonigo de Castroxeriz, que es tambien su cuñado, no tendria para poner un puchero á la lumbre... Y muy vanidosa y muy remilgada y hablando siempre de su parentela y de sus difuntos, y sacando unos cuentos, allá que... Pero esto no es del caso... Yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he buscado modestia, recogimiento, y virtud.

Sim. Eso es lo principal... Y, sobre todo, lo que usted tiene para quien ha de ser?

D. Die. Dices bien... Y sabes tú lo que es una muger aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor: regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No señor, vida nueva Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren, y...

Sim. Pero siendo á gusto de entreambos, que pueden decir?

D. Die. No, yo ya sé lo que dirán, pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporcion en la edad, que...

Sim. Vamos que no me parece tan notable la diferencia. Siete u ocho años, á lo mas.

D. Die. Qué, hombre? Qué hablas de

siete ú ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis pocos meses há.

Sim. Y bien, qué?

D. Dieg. Y yo, aunque gracias á Dios estoy robusto y... Con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quiea me los quite.

Sim. Pero si yo no hablo de eso.

D. Dieg. Pues de qué habla?

Sim. Decia que... Vamos, ó usted no acaba de esplicarse, ó yo lo entiendo al revés... En suma, esta doña Paquita con quien se casa?

D. Dieg. Ahora estamos ahí? Conmigo.

Sim. Con usted?

D. Dieg. Conmigo.

Sim. Medrados quedamos.

D. Dieg. Qué dices?... Vamos, qué?..

Sim. Y pensaba yo haber adivinado.

D. Dieg. Pues qué creias? Para quién juzgaste que la destinaba yo?

Sim. Para don Carlos, su sobrino de usted: mozo de talento, instruido, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias.... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.

D. Dieg. Pues no señor

Sim. Pues bien está.

D. Dieg. Mire usted que idea! Con el otro la habia de ir á casar!.. No señor, que estudie sus matemáticas.

Sim. Ya las estudia; ó por mejor decir, ya las enseña.

D. Dieg. Que se haga hombre de valor, y...

Sim. Valor! Todavía pide usted mas valor á un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron á seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho quedó usted entonces del valor de su sobrino: y yo le vi á usted mas de cuatro veces llorar de alegría, cuando el Rey le premió con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

D. Dieg. Si señor: todo eso es verdad, pero no viene á cuento. Yo soy el que me caso.

Sim. Si está usted bien seguro de que ella le quiere, si no la asusta la diferencia de la edad, si su eleccion es libre...

D. Dieg. Pues no ha de serlo! Doña Irene la escribió con anticipacion sobre el particular. Hemos ido allá, me ha visto, la han informado de cuanto ha querido saber: y ha respondido que está bien, que admite gustosa el partido que se la propone... Y ya ves tú con que agrado me trata, y qué espresiones me hacen tan carifiosas y tan sencillas... Mira, Simon, si los matrimonios muy desiguales tienen por lo comun desgraciada resulta, consiste en que alguna de las partes procede sin libertad: en que hay violencia, seduccion, engaño, amenazas, tirania doméstica... Pero aquí no hay nada de eso. Y que sacarian con enganarme?... Ya ves tú la Religiosa de Guadalajara si es muger de juicio: esta de Alcalá, aunque no la conozco, se que es una señora de excelentes prendas: mira tú si doña Irene querrá el bien de su hija; pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer... La criada que la ha servido en Madrid y, mas de cuatro años en el convento se hace lenguas de ella, y sobretodo, me ha informado de que jamas observó en esta criatura la mas remota inclinacion á ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oir misa y correr por la huerta detras de las mariposas, y echar agua en los agujeros de las hormigas, estas han sido su ocupacion y sus diversiones... Qué dices?

Sim. Yo nada señor.

D. Dieg. Y no pienses tú que, á pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan, para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se esplique conmigo en absoluta libertad... Bien que aun hay tiempo... Solo que aquella doña Irene siempre la interrumpe: todo se lo habla... Y es muy buena muger, buena...

Sim. En fin, señor yo desearé que salga como usted apetece.

D. Dieg. Si, yo espero en Dios que no ha de salir mal. Aunque el novio no es

*

muy de tu gusto... Y que fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrineto! Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

Sim. Pues qué ha hecho?

D. Dieg. Una de las tuyas... Y hasta pocos días ha no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid... Y me costó buen dinero la tal visita... En fin, es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse á Zaragoza, á su regimiento... Ya te acuerdas de que á muy pocos días de haber salido de Madrid, recibí la noticia de su llegada.

Sim. Si señor.

D. Dieg. Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

Sim. Así es la verdad.

D. Dieg. Pues el picaron no estaba allí cuando me escribía las tales cartas.

Sim. Qué dice usted?

D. Dieg. Si señor. El día tres de julio salió de mi casa, y á fines de setiembre aun no había llegado á sus pabellones... No te parece que para ir por la posta, hizo muy buena diligencia?

Sim. Tal vez se pondría malo en el camino, y por no darle á usted pesadumbre...

D. Dieg. Nada de eso... Amores del señor oficial y devaneos que le traen loco... Por ahí en esas ciudades puede que... Quién sabe?... Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... No permita Dios que me le engañe alguna bribona, de estas que truecan el honor por el matrimonio.

Sim. Oh! No hay que temer... Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener, para que le engañe.

D. Dieg. Me parece que están ahí... Si. Gracias á Dios. Busca al mayoral y

dile que venga, para quedar de acuerdo en la hora á que deberemos salir mañana.

Sim. Bien está.

D. Dieg. Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni... Estamos?

Sim. No haya miedo que á nadie lo cuente (1).

SCENA II.

Doña Irene, doña Francisca, Rita y don Diego.

Doña Fr. Ya estamos acá.

Doña Ir. Ay! qué escalera!

D. Dieg. Muy bien venidas, señoras.

Doña Ir. Con que usted, á lo que parece no ha salido (2).

D. Dieg. No señora. Luego, mas tarde, daré una vueltecilla por ahí... He leído un rato: traté de dormir; pero en esta posada no se duerme.

Doña Fr. Es verdad que no... Y qué mosquitos! mala peste en ellos. Anoche no me dejaron parar... Pero, mire usted. Mire usted (3) cuantas cosas! traigo. Rosarios de nacar, cruces de ciprés, la regla de San Benito, una pililla de cristal... Mire usted que bonita. Y dos corazones de talco... Qué sé yo cuanto viene aquí!... Ay! y una campanilla de barro bendito para los truenos... Tantas cosas!

Doña Ir. Chucherías que la han dado las madres. Locas estaban con ella

Doña Fr. Cómo me quieren todas? Y mi tía, mi pobre tía, lloraba tanto!.. Es ya muy viejecita.

Doña Ir. Ha sentido mucho no conocer á usted.

Doña Fr. Si, es verdad. Decía: por qué no había venido aquel señor?

Doña Ir. El padre capellan y el rector de los Verdes, nos han venido acompañando hasta la puerta.

(1) *Simon se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mugeres con mantillas y basquiñas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa y recoge las mantillas y las dobla*

(2) *Se sientan Doña Irene y Don Diego.*

(3) *Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.*

Doña Fr. Toma, (1) guardámelo todo allí, en la escusabaraja. Mira, llévalo así de las puntas... Válgate Dios eh! ya se ha roto la Santa Gertrudis de alcorza!

Rit. No importa, yo me la comeré

SCENA III.

Doña Irene doña Francisca. don diego.

Doña Fr. Nos vamos adentro, mamá, ó nos quedamos aquí?

Doña Ir. Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

D. Dieg. Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

Doña Ir. Y qué fresco tienen aquel locutorio! ~~Vaya~~, está hecho un cielo.

Doña Fr. Pues con todo (2), aquella monja tan gorda, que se llama la madre Angustias, bien sudaba... Ay! como sudaba la pobre muger!

Doña Ir. Mi hermana es la que está bastante delicadita. Ha padecido mucho este invierno... Pero, vaya, no sabia qué hacerse con su sobrina la buena señora... Está muy contenta de nuestra eleccion.

D. Dieg. Yo celebro que sea tan á gusto de aquellas personas, á quienes debe usted particulares obligaciones.

Doña Ir. Sí, ~~Trinidad~~ ^{la tía} está muy contenta, y en cuanto á ~~Circunscion~~ ^{ca de ella}, ya lo ha visto usted. La ^{ca de ella} ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo para su bien estar, es necesario pasar por ~~esto~~. Ya se acuerda usted de lo expresiva que estuvo y...

D. Dieg. Es verdad. Solo falta que la parte interesada tenga la misma satisfaccion que manifiesran cuantos la quieren bien.

Doña Ir. Es hija obediente, y no se apartará jamas de lo que determine su madre.

(1) *Vuelve á atar el pañuelo y se le da á Rita, la cual se va con él, y con las mantillas al cuarto de doña Irene.*

(2) *Sentándose junto á doña Irene.*

(3) *Se levanta y vuelve á sentarse.*

D. Dieg. Todo eso es cierto, pero...

Doña Ir. Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

D. Dieg. Sí, ya estoy; pero no pudiera sin faltar á su honor ni á su sangre?..

Doña Fr. Me voy, mamá? (3)

Doña Ir. No pudiera, no señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde usted la ve, de su abuela que Dios perdone, Doña Gerónima de Peralta... En casa tengo el cuadro, ~~ya que~~ le habrá usted visto. Y le hicieron segun me contaba su merced, para enviársele á su tío carnal el ~~Padre Fray~~ ^{Padre Fray} Serapion de S. Juan Crisóstomo, electo obispo de Mehcacán.

D. Dieg. Ya.

Doña Ir. Y murió en el mar, el buen religioso: que fué un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavia estamos sintiendo su muerte: particularmente mi primo D. Cucufate, regidor perpetuo de Zamora, no puede oír hablar de su Ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

Doña Fr. Válgate Dios que moscas tan...

Doña Ir. Pues murió en olor de santidad.

D. Dieg. Eso bueno es.

Doña Ir. Señor; pero como la familia ha venido tan á ménos... Que quiere usted? Donde no hay facultades... Bien que por lo que puede tronar, ya se le está escribiendo la vida; y quien sabe que el día de mañana no se imprima, con el favor de Dios.

D. Dieg. Sí, pues ya se ve. Todo se imprime.

Doña Ir. Lo cierto es que el autor, que es sobrino de mi hermano político, el canónigo de Castroxeriz, no la deja de la mano: y á la hora de esta lleva ya escritos nueve tomos en folio, que comprehende los nueve años prime-

ros de la vida del santo obispo.

D. Dieg. Con qué para cada año un tomo?
Doña Ir. Si señor, ese plan se ha propuesto.

D. Dieg. Y de qué edad murió el Venerable?

Doña Ir. De ochenta y dos años, tres meses y catorce dias.

Doña Fr. Me voy mamá?

Doña Ir. Anda vete. Válgame Dios, qué prisa tienes?

Doña Fr. Quiere usted (1) que le haga una cortesía á la francesa, señor don Diego?

D. Dieg. Si hija mia. A ver.

Doña Fr. Mire usted, así.

D. Dieg. Graciosa niña! Viva la Paquita, viva.

Doña Fr. Para usted una cortesía, y para mi mamá, un beso.

SCENA IV.

Doña Irene, don Diego.

Doña Ir. Es muy gitana y muy mona, mucho.

D. Dieg. Tiene un donayre natural que arrebatá.

Doña Ir. Qué quiere usted? Criada sin artificio ni embelecos de mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho mas de considerar tan inmediata su colocacion; no es maravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime á los ojos de usted, que tanto se ha empeñado en favorecerla.

D. Dieg. Quisiera solo que se explicase libremente, acerca de nuestra proyectada union, y...

Doña Ir. Oiria usted lo mismo que le he dicho ya.

D. Dieg. Sí, no lo dudo; pero el saber que la merezco alguna inclinacion oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, seria para mi una satisfaccion imponderable.

Doña Ir. No tenga usted sobre este par-

ticular la mas leve desconfianza; pero hágase usted cargo de que á una niña no la es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal parecería, señor D. Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre: yo le quiero á usted.

D. Dieg. Bien: si fuese un hombre, á quién hallára por casualidad en la calle, y de buenas á primeras le esperára ese favor, cierto que la doncella haría muy mal; pero á un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos dias, ya pudlera decirle alguna cosa que... Además, que hay ciertos modos de explicarse...

Doña Ir. Conmigo usa de mas franqueza, A cada instante hablamos de usted, y en todo manifiesta el particular cariño que á usted le tiene... Con qué juicio hablaba ayer noche, despues que usted se fué á recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oirla.

D. Dieg. Y qué? hablaba de mí?

Doña Ir. Y que bien piensa, acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años, un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta...

D. Dieg. Calle! eso decia?

Doña Ir. No, esto se lo decia yo, y me escuchaba con una atencion, como si fuera una muger de cuarenta años, lo mismo... Buenas cosas la dije, y ella que tiene mucha penetracion, aunque me esté mal el decirlo... Pues no da lástima, Señor, el ver como se hacen los matrimonios hoy en el dia? Casan á una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veinte y dos: ella niña, sin juicio, ni esperiencia, y el niño tambien, sin asomo de cordura, ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, señor (que es lo que yo digo) quién ha de gobernar la casa? quién ha de mandar á los criados? quién ha de enseñar y corregir los hijos? Por

(1) Se levanta y despues de hacer una graciosa cortesía á don Diego, da un beso á doña Irene y se va al cuarto de ésta.

2.^o Esc. 1.^o
Somb. y bastón p.^o
Doña Ir. el 2.^o

(Gsa con sábanas
y almohada)
Diego

(Gsa con maleta)
2.^o Esc. 1.^o

7

que sucede tambien, que estos atolondrados de chicos, suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasion.

D. Die. Cierto que es un dolor, el ver rodeados de hijos á muchos que carecen del talento, de la experiencia y de la virtud, que son necesarias para dirigir su educacion.

Doña Ir. Lo que sé decirle á usted es, que aun no habia cumplido los diez y nueve cuando me casé de primeras nupcias can mi difunto Don Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que mejorando lo presente, no es posible hallarle de mas respeto, mas caballeroso... Y al mismo tiempo, mas divertido y decidor. Pues, para servir á usted, ya tenia los cincuenta y seis, muy largos de talle, cuando se casó conmigo.

D. Die. Buena edad... No era un niño, pero...

Doña Ir. Pues á eso voy... Ni á mi podia convenirme en aquel entonces un boquirrubio, con los cascos á la ginebra... No señor... Y no es decir tampoco que estuviere achacoso, ni quebrantado de salud; nada de eso. Sanito estaba, gracias á Dios, como una manzana; ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecia, que le amagaba de cuando en cuando. Pero luego que nos casamos dió en darle tan á menudo y tan recio, que á los siete meses me hallé viuda, y en cinta de una criatura, que nació despues, y al cabo, y al fin se murió de alfo-brilla.

D. Die. Oiga... Mire usted si dejó sucesion el bueno de Don Epifanio.

Doña Ir. Si señor, pues por qué no?

D. Die. Lo digo porque luego saltan con... Bien que si uno hubiera de hacer caso... Y fué niño ó niña?

Doña Ir. Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

D. Die. Cierto que es consuelo tener, así, una criatura y...

Doña Ir. Ay! Señor! Dan uallos ratos; pero qué importa? Es mucho gusto; mucho.

D. Die. Yo lo creo.

Doña Ir. Si señor.

D. Die. Ya se ve que será una delicia y...

Doña Ir. Pues no ha de ser?

D. Die. Un embeleso, el verlos juguete-ar y reir y acariarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

Doña Ir. Hijos de mi vida!... Veinte y dos he tenido en los tres matriuonios que llevo hasta ahora, de los cuales solo esta niña me ha venido á quedar, pero le aseguro á usted que...

SCENA V.

Simon, (1) doña Irene, don Diego.

Sim. Señor, el Mayoral está esperando.

D. Die. Dile que voy allá... Ay! traeme primero el sombrero y el baston, que quisiera dar una vuelta por el campo. (2)

Con que, supongo que mañana tempranito saldremos?

Doña Ir. No hay dificultad. A la hora que á usted le parezca.

D. Die. A eso de las seis... Eh?

Doña Ir. Muy bien.

D. Die. El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una media hora antes.

Doña Ir. Si, que hay mil chismes que acomodar.

SCENA VI.

Doña Irene. Rita.

Doña Ir. Válgame Dios, ahora que me acuerdo... Rita... Me le habrán dejado morir. Rita.

Rit. Señora (3).

Doña Ir. Qué has hecho del tordo? Le diste de comer?

(1) Saldrá por la puerta del foro.

(2) Entra Simon al cuarto de don Diego, saca un sombrero y un baston, se los da á su amo, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro

(3) Sacará Rita unas sábanas y almohadas debajo del brazo.

Rit. Si señora. Mas ha comido que un a-
bestruz. Ahí le puse en la ventana del
pasillo.

Doña Ir. Hiciste las camas?

Rit. La de usted ya está. Voy á hacer
esas otras antes que anochezca: porque
si no, como no hay mas alumbrado
que el del candel, y no tiene garavato,
me veo perdida.

Doña Ir. Y aquella chica qué hace?

Rit. Está desmenuzando un bizcocho pa-
ra dar de cenar á Don Periquito.

Doña Ir. Qué pereza tengo de escribir;
(1) pero es preciso que está con mu-
cho cuidado el pobre Circuncision *herm.*

Rit. Qué chapucieras! No ha dos horas,
como quien dice, que salimos de allá,
y ya empiezan á ir y venir correos.
Qué poco me gustan á mi las mugeres
gazmoñas y zalameras (2).

SCENA VII.

Calamocha (3).

Cal. Con que ha de ser el número tres!
Vaya en gracia.. Ya, ya conozco el
tal número tres. Coleccion de vichos
mas abundante, no la tiene el Gabinet
de la Historia natural.. Miedo me
da de entrar... Ay! ay! y qué agujer-
tas! Estas si que son agujetas.. Pacien-
cia, pobre Calamocha, paciencia... Y
gracias á que los caballitos dijéron: no
podemos mas, que si no, por esta vez
no veia yo el número tres, ni las pla-
gas de Faraon que tiene dentro... En
fin, como los animales amanescan vivos
no será poco... Reventados estan // Oi-
ga!..i Siguidillitas?.. Y no cantá mal..
Vaya, aventura tenemos... Ay! qué
desvencijado estoy (4).

SCENA VIII.

Rita. Calamocha.

Rit. Mejor es cerrar, no sea que nos ali-
vien de ropa y... (5) Pues cierto que
está bien acondicionada la llave.

Cal. Gusta usted de que eche una mano,
mi vida?

Rit. Gracias, mi alma.

Cal. Calle!.. Rita.

Rit. Calamocha.

Cal. Qué hallazgo es éste?

Rit. Y tu amo?

Cal. Los dos acabamos de llegar.

Rit. De veras?

Cal. No que es chanza. Apenas recibió la
carta de Doña Paquita, yo no sé adón-
de fué, ni con quién habló, ni cómo lo
dispuso; solo se decirte que aquella tar-
de salimos de Zaragoza. Hemos venido
como dos centellas por ese camino. Lle-
gamos esta mañana á Guadalajara, y
á las primeras diligencias nos hallamos
con que los pájaros volaron ya. A ca-
ballo otra vez y vuelta á correr, y á
sudar, y á dar chasquidos.. En suma,
molidos los rocines y nosotros á medio
moler, hemos parado aquí con ánimo
de salir mañana.. Mi Teniente se ha
ido al Colegio mayor á ver un amigo,
mientras se dispone algo que cenar.. Es-
ta es la historia.

Rit. Con que le tenemos aquí?

Cal. Y enamorado mas que nunca, zeloso,
amenazando vidas.. Aventurado á qui-
tar el hipo á cuantos le disputen la po-
sesion de su currita idolatrada.

Rit. Qué dices?

Cal. Ni mas ni menos.

Rit. Qué gusto me das!.. Ahora sí se co-
noce que la tiene amor.

Cal. Amor?.. Friolera!.. El moro Gazul
fué para con él un pelele, Medoro un

(1) *Se levanta y se entra en su cuarto.*

(2) *Entrase en el cuarto de doña Francisca.*

(3) *Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas; lo deja todo
sobre la mesa, y se sienta en el banco.*

(4) *Canta Rita desde adentro. Calamocha se levanta desperezandose.*

(5) *Forcejeando para echar la llave.*

zascandil y Gayferos un chiquillo de la doctrina.

Rit. Ay! cuando la señorita lo sepa!

Calam. Pero acabemos. Como te hallo aquí? Con quién estás? Cuando llegaste? Qué...

Rit. Yo te lo diré. La Madre de Doña Paquita me dio en escribir cartas y mas cartas, diciendo que tenia concertado su casamiento en Madrid con un caballero rico, honrado, bien quisto, en suma, cabal y perfecto; que no habia mas que apetecer. Acosada la señorita con tales propuestas y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita Monja, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta á todo lo que la mandasen. Pero, no te puedo ponderar cuanto lloró la pobrecita, que afligida estuvo. Ni queria comer, ni podia dormir. Y al mismo tiempo era preciso disimular, para que su tía no sospechára la verdad del caso. Ello es, que cuando pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatórias y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar á tu amo: esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos habia ponderado, no consentiria que su pobre Paquita pasara á manos de un desconocido y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas, y tantos suspiros, estrellados en las tapias del corral. Apenas partió la carta á su destino, cata el coche de colleras y el Mayorál Gasparet, con sus medias azules, y la madre, y el novio, que vienen por ella: recogimos á toda prisa nuestros meriñiques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mugeres, y en dos látigazos llegamos antes de ayer á Alcalá de Henares. La detencion ha sido para que la señorita visite á otra tía Monja que tiene aquí, tan arrugada y tan sorda como la que dejamos allá. Ya la ha visto, ya la

han besado bastante, una por una, todas las Religiosas, y creo que mañana temprano saldremos. Por esta casualidad nos...

Calam. Si. No digas mas... Pero... Con qué el novio esta en la posada?

Rit. Ese es su cuarto (1), este el de la madre, y aquel el nuestro.

Calam. Como nuestro? Tuyo y mio?

Rit. No por cierto. Aqui dormiremos esta noche la señorita y yo: porque ayer, metidas las tres en ese de enfrente, ni cabiamos de pie, ni podimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

Calam. Bien... A Dios (2).

Rit. Y á donde?

Calam. Yo me entiendo... Pero el novio trae consigo criados, amigos ó deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

Rit. Un criado viene con él.

Calam. Poca cosa!.. Mira, dile en caridad, que se disponga, porque está de peligro. A Dios.

Rit. Y volverás presto?

Calam. Se supone. Estas cosas piden diligencia, y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi Teniente deje la visita, y venga á cuidar de su hacienda, disponer el entierro de ese hombre y... Con que ese es nuestro cuarto, eh?

Rit. Si. De la señorita y mio.

Calam. Bribona!

Rit. Botarate! A Dios.

Calam. A Dios, aborrecida (3).

SCENA XI.

Doña Francisca. Rita.

Rit. Que malo es... Pero... Vágame Dios D. Feliz aqui!.. Si la quiere, bien se conoce... (4) Oh! por mas que digan, los hay muy finos, y entonces, qué ha de hacer una?... Querellos: no tiene remedio, querellos... Pero, qué dirá

(1) Señalando el cuarto de don Diego, el de doña Irene y el de doña Francisca.

(2) Recoge los trastos que puso sobre la mesa, en ademan de irse.

(3) Entrase con los trastos al cuarto de don Carlos.

(4) Sale Calamocha del cuarto de don Carlos, y se va por la puerta del foro.

x a pocas dias de haverle escrito.

cata. 46^a

la señorita cuando le vea que está ciega por él? Pobrecita! pues no sería una lástima que... Ella es (1)

Doña Franc. Ay Rita!

Rit. Qué es eso? Ha llorado usted?

Doña Franc. Pues no he de llorar? Si vieras mi madre... Empeñada está en que he de querer mucho á ese hombre... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaría cosas imposibles... Y que es tan bueno, y que es rico y que me irá tan bien con él... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente... Pobre de mí! Por que no miento, ni sé fingir, por eso me llaman picarona.

Rit. Señorita, por Dios, no se aflija usted.

Doña Franc. Ya, como tú no lo has oído...

Y dice que Don Diego se queja de que yo no le digo nada... Harto le digo, y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reíme y hablar de niñerías. Y todo por dar gusto á mi madre, que sí no... Pero, bien sabe la Virgen, que no me sale del corazón.

Rit. Vaya, vamos, que no hay motivos todavía para tanta angustia... Quién sabe! No se acuerda usted ya de aquel día de arueto que tuvimos el año pasado, en la casa de campo del Intendente?

Doña Franc. Ay! cómo puedo olvidarlo? Pero, qué vas á contar.

Rit. Quiero decir, que aquel caballero que vimos allí con aquella cruz verde, tan galán, tan fino...

Doña Franc. Qué rodeos!.. Don Feliz. Y qué?

Rit. Que nos fué acompañando hasta la ciudad...

Doña Franc. Y bien... Y luego volvió y le vi, por mi desgracia, muchas veces... Mal aconsejada de ti,

Rit. Por qué, señora?... A quién dimos escándalo? Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el convento. El no entró

jamás por las puertas, y cuando de noche hablaba con usted, mediaba entre los dos una distancia tan grande que usted la maldijo no pocas veces...

Pero esto no es del caso. Lo que voy á decir es, que un amante como aquel, no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita... Mire usted que todo cuanto hemos leído á hurtadillas en las novelas, no equivale á lo que hemos visto en él... Se acuerda usted de aquellas tres palmadas que se oían entre once y doce de la noche? De aquella sonora, punteada con tanta delicadeza y espresion?

Doña Franc. Ay! Rita! Si, de todo me acuerdo y mientras viva conservaré la memoria... Pero está ausente... Y entretenido acaso con nuevos amores.

Rit. Eso no lo puedo yo creer.

Doña Franc. Es hombre al fin, y todos ellos...

Rit. Qué bobería! Desengañese usted, señorita. Con los hombres y las mugeres, sucede lo mismo que con los melones de Añover. Hay de todo; la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleve chasco en la eleccion, quejese de su mala suerte; pero no desacredite la mercancia... Hay hombres muy embusteros, muy picarones; pero no es creíble que lo sea, el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y de amor. Tres meses duró el terrero y la conversacion á obscuras, y en todo aquel tiempo, bien sabe usted que no vimos en él una accion descompuesta, ni oímos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

Doña Franc. Es verdad. Por eso le quise tanto: por eso le tengo tan fijo aquí... aquí... (2) Qué habrá dicho al ver la carta?... Oh!.. Yo bien sé lo que habrá dicho. Válgate Dios!.. Es lástima!.. Cierto... Pobre Paquita... Y se acabó... No habrá dicho mas... Nada mas.

Rit. No señora, no ha dicho eso.

Doña Franc. Qué sabes tú?

(1) Sale doña Francisca.

(2) Señalando al pecho.

Rit. Bien lo sé. Apenas haya leído la carta se habrá puesto en camino, y vendrá volando á consolar á su amiga...

Pero (1)...
Doña Franc. Adónde vas?

Rit. Quiero ver, si...
Doña Franc. Está escribiendo:

Rit. Pues ya presto habrá de dejarlo, que empieza á anoecer... Señorita, lo que la he dicho á usted es la verdad pura don Feliz está ya en Alcalá.

Doña Franc. Qué dices? No me engañes?

Rit. Aquel es su cuarto... Calamocha acaba de hablar conmigo.

Doña Franc. De veras?

Rit. Si señora... Y le ha ido á buscar, para...

Doña Franc. Con que me quiere? Ay!

Rita! Mira tú si hicimos bien de avisarle... Pero, ves qué fineza?... Si vendrá bueno?... Correr tantas leguas, sólo por verme... Porque yo se lo mando... Que agradecida le debo estar!... Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

Rit. Voy á traer luces. Procuraré detenerme por allá abajo, hasta que vuelvan... Veré lo que dice, y qué piensa hacer: porque hallandonos todos aquí pudiera haber una de Satánas entre la madre, la hija, el novio, y el amante; y sino ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

Doña Franc. Dices bien... Pero, no, él tiene resolución y talento, y sabrá determinar lo mas conveniente... Y cómo has de avisarme?... Mira que así que llegue le quiero ver.

Rit. No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dandome aquella tosecilla seca... Me entiende usted?

Doña Franc. Sí, bien.

Rit. Pues entonces, no hay mas que salir, con cualquiera excusa. Yo me quedaré con la señora mayor: la ha-

blaré de todos sus maridos y de sus concuñados y del Obispo que murió en el mar... Además que si está allí don

Diego...
Doña Franc. Bien, anda, y así que llegue.

Rit. Al instante.

Doña Franc. Que no te se olvide toser.

Rit. No haya miedo.

Doña Franc. Si vieras qué consolada estoy!

Rit. Sin que usted lo jure lo creo.

Doña Franc. Te acuerdas, cuando me decía que era imposible apartarme de su memoria, que no habria peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellára por mí?

Rit. Si, bien me acuerdo.

Doña Franc. Ah!... Pues mira como me dijo la verdad (2).

ACTO SEGUNDO.

medio oscuro. De emp. Clar. de.

SCENA I. (3)

Doña Francisca.

Doña Franc. Nadie parece aun (4)... Qué impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple; que solo pienso en jugar y reir, y que no sé lo que es amor... Si, diez y siete años, y no cumplidos pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

SCENA II.

Doña Irene, doña Francisca.

Doña Irene, doña Francisca.

Doña Irene. Sola á obscuras me habeis de-

jado allí.

Doña Franc. Como estaba usted acabando

su carta, mamá, por no estorbarla me

(1) Acercándose á la puerta del cuarto de doña Irene.

(2) Doña Francisca se va al cuarto de doña Irene. Rita por la puerta del foro.

(3) Se irá obscureciendo lentamente el teatro hasta que al principio de la escena

tercera vuelva á iluminarse.

(4) Acercándose á la puerta del foro y vuelve.

*

he venido aquí: que está mucho más fresco.

Doña Iren. Pero aquella muchacha qué hace, que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año... Y yo que tengo un genio como una polvora (1)... Sea todo por Dios... Y don Diego no ha venido?

Doña Franc. Me parece que no.

Doña Iren. Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Esté caballero está sentido y con muchísima razón...

Doña Franc. Bien, si señora, ya lo sé. No me riña usted mas.

Doña Iren. No es esto refirte, hija mía esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas.. Y lo atrasada que me coge: que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando... Médicos, botica... Que se dejaba pedir aquel Caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales, por cada papelillo de píldoras de coloquintida y asafétida... Mira que un casamiento como el que vas á hacer muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tías, que son unas bienaventuradas debemos agradecer esta fortuna, y no á tus méritos ni á mi diligencia.. Qué dices?

Doña Franc. Yo nada, mamá.

Doña Iren. Pues, nunca dices nada. Válgame Dios, señor!.. En hablándote de esto, no te ocurre nada que decir

(1) *Siéntase.*

(2) *Sale por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa.*

(3) *Toma una luz y hace que se va.*

(4) *Aparte.*

(5) *Vase Rita al cuarto de doña Irene.*

(6) *Sale Rita con una carta en la mano y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, según lo indica el diálogo.*

G. 1.ª
con carta d.ª.

SCENA III.

Rita (2), doña Irene, doña Francisca.

Doña Iren. Vaya, muger: yo pensé que en toda la noche no venias.

Rit. Señora, he tardado, porque han tenido que ir á comprar las velas. Como el tufo dei velon la hace á usted tanto daño.

Doña Iren. Seguro que me hace muchísimo mal, con esta jaqueca que padezco... Los parches de alcanfor al cabo tuve que quitármelos; sino me sirvieron de nada. Con las obleas me parece que me va mejor... Mira, deja una luz ahí y llevate la otra á mi cuarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

Rit. Muy bien (3).

Doña Franc. No ha venido (4).

Rit. Vendrá.

Doña Iren. Oyes. aquella carta que está sobre la mesa, dásela al mozo de la posada, para que la lleve al instante al correo... (5) Y tú niña, que has de cenar? Porque será menester recogernos presto, para salir mañana de madrugada.

Doña Franc. Como las Monjas me hicieron merendar.

Doña Iren. Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero, para el abrigo del estómago... (6) Mira, has de calentar el caldo que apartamos al medio dia, y haznos un par de tazas de sopas, y traetelas luego que esten.

Rit. Y nada mas?

Doña Iren. No, nada mas... Ah! y hazmelas bien caldositas.

Rit. Si, ya lo sé.

Doña Iren. Rita.

Rit. Otra. Qué manda usted?

Doña Iren. Encarga mucho al mozo, que lleve la carta al instante... Pero, no señor, mejor es... No quiero que la lleve él: que son unos borrachones, que no se les puede... Has de decir á Simon, que digo yo, que me haga el gusto de echarla en el correo. Lo entiendes?

Rit. Si señora.

Doña Iren. Ah! mira.

Rit. Otra.

Doña Iren. Bien que ahora no corre pri-sa... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aquí, de modo que no se caiga y se me lastime... (1) Qué noche tan mala me dió!.. Pues no se estuvo el animal toda la noche de Dios, rezando el Gloria Patri y la Oracion del santo sudario!.. Ello por otra parte ~~adivina~~ cierto... Pero cuando se trata de dormir.

SCENA IV.

Doña Irene, doña Francisca.

Doña Iren. Pues mucho será que don Diego no haya tenido algun encuentro por ahí y eso le detenga. Cierto que es un señor muy mirado, muy puntual... Tan buen cristiano! Tan atento! Tan bien hablado! Y con que garbo y generosidad se porta!.. Ya se ve, un sugeto de bienes y de posibles... Y que casa tiene! Como un ascua de oro la tiene... Es mucho aquello. Qué ropa blanca! Qué batería de cocina! Y que despensa, llena de cuanto Dios crió! Pero, tú no parece que atiendes a lo que estoy diciendo.

Doña Franc. Si señora, bien lo oigo; pero no la quería interrumpir á usted.

Doña Iren. Allí estarás, hija mia, como el pez en el agua, pajaritas del ayre, que apetecieras, las tendrías: porque como él te quiere tanto, y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Fran-

cisquita, que me cansa de veras, el que siempre que te hablo de esto, hayas dado en la flor de no respoderme palabra... Pues no es cosa particular, señor!

Doña Franc. Mamá, no se enfade usted.

Doña Iren. No es buen empeño de... Y te parece á tí que no sé yo muy bien de dónde viene todo eso?... No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito?... Perdóneme Dios.

Doña Franc. Pero... Pues que sabe usted?

Doña Iren. Me quieres engañar á mi, eh! Ah hija mia!.. He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetracion, para que tú me engañes.

Doña Franc. Perdida soy (2).

Doña Iren. Sin contar con su madre... Como si tal madre no tuviera... Yo te aseguro que, aunque no hubiera sido con esta ocasion, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir á pie y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí... Mire usted que juicio de niña este! Que, porque ha vivido un poco de tiempo entre Monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella Monja tambien... Ni qué entiende ella de eso, ni que... En todos los estados se sirve á Dios, Frazquita; pero el complacer á su madre, asistirle, acompañarla y ser el consuelo de sus trabajos, esa es la primera obligacion de una hija obediente. Y sepalo usted, si no lo sabe.

Doña Franc. Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla á usted.

Doña Iren. Si, que no sé yo...

Doña Franc. No señora. Créame usted. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

Doña Iren. Mira si es cierto lo que dices.

Doña Franc. Si señora, que yo no sé mentir.

Doña Iren. Pues, hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes,

(1) Vase Rita por la puerta del foro.

(2) Aparte.

cantando el malbru y la fora?

y la pesadumbre que me darás, si no te portas en un todo como correspondo. Cuidado con ello.

Doña Franc. Pobre de mi (1)!

SCENA V.

Don Disgo (2), *doña Irene*, y *doña Francisca*.

Doña Iren. Pues, cómo tan tarde?

D. Dieg. Apenas sali, tropecé con el Padre Guardian de San Diego y el doctor Padilla, y hasta que me han hablado bien de chocolate y bollos, no me han querido soltar... (3) Y á todo esto, como va?

Doña Iren. Muy bien.

D. Dieg. Y doña Paquita?

Doña Iren. Doña Paquita, siempre acordándose de sus Monjas. Ya la digo, que es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar solo en dar gusto á su madre y obedecerla.

D. Dieg. Qué diantre! Con que tanto se acuerda de...

Doña Iren. Qué se admira usted? Son niñas... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad, así tan...

D. Dieg. No, poco á poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo mas enérgicas y decisivas que en la nuestra: y por cuanto la razon se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazon son mucho mas violentos. (4) Pero, de veras, doña Paquita, se volveria usted al convento de buena gana?... La verdad.

Doña Iren. Pero, si ella no...

D. Dieg. Déjela usted, señora, que ella responderá.

Doña Franc. Bien sabe usted lo que acabo de decirle... No permita Dios que yo la dé que sentir.

D. Dieg. Pero eso lo dice usted tan afligida, y...

Doña Iren. Si es natural, señor. No ve usted que...

D. Dieg. Calle usted por Dios, doña Irene, y no me diga usted á mi lo que es natural. Lo que es natural es: que la chica esté llena de miedo y no se atreva á decir una palabra, que se oponga á lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mia, que estabamos lucidos.

Doña Franc. No señor, lo que dice su merced eso digo yo. Lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

D. Dieg. Mandar, hija mia!.. En estas materias tan delicadas, los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, proponen, aconsejan: eso sí, todo eso sí; pero mandar!.. Y quién ha de evitar despues las resultas funestas de lo que mandaron?... Pues cuantas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas verificadas solamente porque un padre tonto se metió á mandar lo que no debiera?... Cuan-

tas veces una desdichada muger halla anticipada la muerte en el encierro de un claustro, porque su madre ó su tío se empeñaron en regalar á Dios, lo que Dios no queria?... Eh! No señor, eso no va bien... Mire usted doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura, ni mi edad, son para enamorar perdidamente á nadie; pero tampoco he creído imposible, que una muchacha de juicio y bien criada, llegase á quererme, con aquel amor tranquilo y constante, que tanto se parece á la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo no he ido á buscar ninguna hija de familia, de estas que viven en una decente libertad.. Decente: que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. Pero, cuál seria entre todas ellas, la

(1) *Aparte.*

(2) *Sale por la puerta del foro, y deja sobre la mesa el sombrero y baston.*

(3) *Siéntase junto á doña Irene.*

(4) *Asiendo de una mano á doña Francisca la hace sentar inmediata á él.*

que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante, mas apetecible que yo? Y en Madrid, figúrese usted en un Madrid... Lleno de estas ideas, me pareció que tal vez hallaría en usted todo cuanto yo deseaba...

Doña Iren. Y puede usted creer, señor don Diego, que...

D. Diego. Voy á acabar, señora, déjeme usted acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como usted, las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devocion y la virtud; pero, si á pesar de todo esto, la imaginacion acalorada, las circunstancias imprevistas, la hubiesen hecho elegir sugeto mas digno: sepa usted que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingénuo; mi corazon y mi lengua no se contradicen jamas. Esto mismo la pido á usted, Paquita, sinceridad. El cariño que á usted la tengo, no la debe hacer infeliz... Su madre de usted no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si usted no halla en mí prendas que la inclinen, si sienta algun otro cuidadillo en su corazon: creame usted, la menor disimulacion en esto nos daría á todos muchísimo que sentir.

Doña Iren. Puedo hablar ya, Señor?

D. Diego. Ella, ella debe hablar; y sin apuntador, y sin intérprete.

Doña Iren. Cuando yo se lo mande.

D. Diego. Pues ya puede usted mandárselo, porque á ella le toca responder... Con ella he de casarme, con usted no.

Doña Iren. Yo creo señor don Diego que ni con ella ni conmigo. En qué concepto nos tiene usted?... Bien dice su padrino y bien claro me lo escribió pocos días há, cuando le dí parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila; la quiere muchísimo, y á cuantos pasan por el Bargo de Osma les pregunta como está, y continuamente nos envía memorias con el ordinario.

D. Diego. Y bien, señora, que escribió el padrino?... O por mejor decir, que tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

Doña Iren. Si señor que tiene que ver, si señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á usted que ni un padre de ~~Ato-~~ *memoriá de un práctico* ~~cha~~ hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió, sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningun catedrático, ni bachiller, ni nada de eso; sino un cualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada, con un empleillo infeliz en el ramo del viento; que apenas le dá para comer... Pero, es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia, y escribe que dá gusto... Casi toda la carta venía en latin, no le parezca á usted, y muy buenos consejos que me daba en ella... Que no es posible si no que adivinase, lo que nos está sucediendo.

D. Diego. Pero, señora, si no sucede nada, ni hay cosa que á usted la deba disgustar.

Doña Iren. Pues no quiere usted que me disguste, oyéndole hablar de mi hija en unos términos, que... Ella otros amores, ni otros cuidados!... Pues si tal hubiera... Válgame Dios!... La mataba á golpes, mire usted... Respóndele, una vez que quiere que hables y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid, cuando tenias doce años, y los que has adquirido en el convento, al lado de aquella santa muger. Diselo para que se tranquilice.

D. Diego. Yo, señora, estoy mas tranquilo que usted.

Doña Iren. Respóndele.

Doña Franc. Yo no se que decir. Si ustedes se enfadan.

D. Diego. No, hija mia. Esto es dar alguna expresion á lo que se dice; pero enfadarnos, no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

Doña Iren. Si señor que lo sé, y estoy sumamente agradecida á los favores que usted nos hace... Por eso mismo...

D. Diego. No se hable de agradecimiento: cuanto yo puedo hacer, todo es poco...

Quiero solo que Doña Paquita esté contenta.

Doña Iren. Pues no ha de estarlo?..
Responde.

Doña Franc. Si señor que lo estoy.

D. Dieg. Y que la mudanza de estado que se la previene, no la cueste el menor sentimiento.

Doña Iren. No señor, todo al contrario... Boda mas á gusto de todos, no se pudiera imaginar.

D. Dieg. En esa inteligencia, puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse despues. Eu nuestra compañía vivira querida y adorada, y espero que á fuerza de beneficios, he de merecer su estimacion y su amistad.

Doña Franc. Gracias, señor don Diego... A una huérfana, pobre, desvalida como yo!..

D. Dieg. Pero de prendas tan estimables, que la hacen á usted digna todavia de mayor fortuna.

Doña Iren. Ven aquí, ven... Ven aquí, Paquita.

Doña Franc. Mamá (1)

Doña Iren. Ves lo que te quiero?

Doña Franc. Si señora.

Doña Iren. Y cuanto procuro tu bien? Qué no tengo otro pio, sino el de verte colocada, antes que yo falte?

Doña Franc. Bien lo conozco.

Doña Iren. Hija de mi vida!.. Has de ser buena?

Doña Franc. Si señora.

Doña Iren. Ay! que no sabes tú lo que te quiere tu madre!

Doña Franc. Pues qué? No la quiero yo á usted?

D. Dieg. Vamos, vamos de aquí (2). No venga alguno y nós halle á los tres, llorando como tres chiquillos.

Doña Iren. Si, dice usted bien (3)

SCENA VI.

Rita, doña Francisca.

Rit. Señorita... Eh! chit... Señorita.

Doña Franc. Qué quieres?

Rit. Ya ha venido.

Doña Franc. Cómo?

Rit. Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo, con licencia de usted, y ya sube por la escalera.

Doña Franc. Ay! Dios!.. Y qué debo hacer?

Rit. Donosa pregunta!.. Vaya, lo que importa es, no gastar el tiempo en melindres de amor... Al asunto... y juicio... Y mire usted que en el parage en que estamos, la conversacion no puede ser muy larga. Ahí está.

Doña Franc. Si... El es.

Rit. Voy á cuidar de aquella gente... Valor, señorita y resolucion (4).

Doña Franc. No, no, que yo tambien... Pero, no lo merece.

SCENA VII.

D. Carlos (5). Doña Francisca.

D. Carl. Paquita... Vida mia! Ya estoy aquí... Como va, hermosa, cómo vá?

Doña Franc. Bien venido.

D. Carl. Cómo tan triste?.. No merece mi llegada mas alegría?

Doña Franc. Es verdad; pero acaban de sucederme cosas, que me tienen fuera de mí... Sabe usted... Si, bien lo sabe usted... Despues de escrita aquella carta, fueron por mí... Mañana á Madrid... Ahí está mi madre.

D. Carl. En donde?

Doña Franc. Ahí, en ese cuarto (6).

D. Carl. Sola.

(1) Levántase doña Francisca, abraza á su madre y se acarician mutuamente.

(2) Levántase don Diego y despues doña Irene.

(3) Vase los dos al cuarto de doña Irene. Doña Francisca va detras y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace detener.

(4) Rita se va al cuarto de doña Irene.

(5) Sale por la puerta del foro.

(6) Señalanáo el cuarto de doña Irene.

Doña Franc. No Señor

D. Carl. Estará en compañía del prometido esposo (1). Mejor... Pero, no hay nadie mas con ella?

Doña Franc. Nadie mas: solos están... Qué piensa usted hacer?

D. Carl. Si me dejase llevar de mi pasión y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero, tiempo hay... El tambien será hombre de honor, y no es justo insultarle, porque quiere bien á una muger, tan digna de ser querida... Yo no conozco á su madre de usted, ni... Vamss, ahora nada se puede hacer... Su decoro de usted merece la primera atencion.

Doña Franc. Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

D. Carl. No importa.

Doña Franc. Quiere que esta boda se celebre, así que lleguemos á Madrid.

D. Carl. Cuál?... No. Eso no.

Doña Franc. Los dos están de acuerdo, y dicen...

D. Carl. Bien... Dirán... Pero, no puede ser.

Doña Franc. Mi madre no me habla continuamente de otra materia... Me amenaza, me ha llenado de temor... El insta por su parte: me ofrece tantas cosas, me...

D. Carl. Y usted qué esperanza le dá?... Ha prometido quererle mucho?

Doña Franc. Ingrato!.. Pues no sabe usted que... Ingrato!

D. Carl. Sí, no lo ingoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

Doña Franc. Y el último.

D. Carl. Y antes perderé la vida, que renunciar el lugar que tengo en ese corazon... Todo él es mio... Digo bien? (2)

Doña Franc. Pues de quien ha de ser?

D. Carl. Hermosa! Qué dulce esperanza me anima!.. Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin: ya estoy aquí. Usted me llama para que la defienda, la libre,

la cumpla una obligacion, mil y mil veces prometida? Pues á eso mismo vengo yo... Si ustedes se van á Madrid mañana, yo voy tambien. Su madre de usted sabrá quien soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso: á quien, mas que tio, debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudó mas inmediato, ni mas querido que yo: es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para usted algun atractivo, esta circunstancia añadiría felicidad á nuestra union.

Doña Franc. Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo?

D. Carl. Ya lo sé. La ambicion no puede agitar á un alma tan inocente.

Doña Franc. Querer y ser querida... Ni apetezco mas, ni conozco mayor fortuna.

D. Carl. Ni hay otra... Pero usted debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra afliccion presente en durables dichas.

Doña Franc. Y qué se ha de hacer, para que á mi pobre madre no la cueste una pesadumbre?... Me quiere tanto!.. Si acabo de decirla que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamás: que siempre seré obediente y buena... Y me abraza con tanta ternura. Quedó tan consolada con lo poco que acerté á decirla... Yo no sé, no sé qué camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

D. Carl. Yo le buscaré... No tiene usted confianza en mí?

Doña Franc. Pues no he de tenerla?... Piensa usted que estuviera yo viva, si esta esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, qué habia yo de hacer? Si usted no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto: sin tener á quien volver los ojos, ni poder comunicar á nadie la causa de ellas... Pero usted ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de darme con su

G. Na. do
G. en ent.
con las copas
G. J. etc. ra

G. J. etc. ra

(1) Se acerca al cuarto de doña Irene, se detiene, y vuelve.

(2) Asiéndola de las manos.

venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere (1).

D. *Cárl.* Qué llanto!... Cómo persuade!.. Sí, Paquita, yo solo basto para defenderla á usted de cuantos quieran oprimirla, A un amante favorecido, quién puede oponérsele? Nada hay que temer.

Doña Franc. Es posible?

D. *Cárl.* Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y solo el brazo de la muerte bastará á dividirlos.

SCENA VIII.

Rita, don Carlos y doña Francisca.

Rit. Señorita, adentro. La mamá preguntá por usted. Voy á traer la cena, y se van á recoger al instante... Y usted señor galán, ya puede también disponer de su persona.

D. *Cárl.* Sí, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

Doña Franc. Ni yo.

D. *Cárl.* Hasta mañana... Con la luz del día veremos á este dichoso competidor.

Rit. Un caballero muy honrado, muy rico, muy prudente: con su chupa larga, su camisola limpia y sus sesenta años debajo del peluquin (2).

Doña Franc. Hasta mañana.

D. *Cárl.* A Dios, Paquita.

Doña Franc. Acuestese usted, y descánse.

D. *Cárl.* Descansar, con celos?

Doña Franc. De quién?

D. *Cárl.* Buenas noches... Duerma usted bien, Paquita.

Doña Franc. Dormir con amor?

D. *Cárl.* A Dios, vida mia.

Doña Franc. A Dios (3).

(1) Se enternecé y llora.

(2) Se va por la puerta del foro.

(3) Entrase al cuarto de doña Irene.

(4) Paseándose con inquietud.

(5) Sale Calamocha por la puerta del foro.

(6) Sale Rita por la puerta del foro con unos platos, taza, cucharas y servilleta.

(7) Entrase al cuarto de doña Irene.

(8) Calamocha se encamina á la puerta del foro, y vuelve: se acerca á don Carlos, y hablan aparte hasta el fin de la escena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.

SCENA IX.

Don Carlos, Calamocha y Rita.

D. *Cárl.* Quitármela... (4) No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio, repugnándolo su hija... Mediando yo... sesenta años!.. Precisamente será muy rico... El dinero!.. Maldito él sea que tantos desórdenes origina.

Calam. Pues, señor, (5) tenemos un medio cabrito asado, y... A lo menos, parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros; sin anapeles, ni otra materia extraña: bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay mas que pedir. Pan de Meco, vino de la Tercia... Con que si hemós de cenar y dormir, me parece que seria bueno... D. *Cárl.* Vamos... Y á donde ha de ser?

Calam. Abajo... Allí he mandado disponer una angosta y fermentada mesa, que parece un banco de herrador.

Rit. Quién quiere sopas? (6)

D. *Cárl.* Buen provecho.

Calam. Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

Rit. La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero, do

agradece, señor militar (7)...

Calam. Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

D. *Cárl.* Con qué, vamos?

Calam. Ay! ay! ay!... (8) Eh! chito, digo...

D. *Cárl.* Qué?

Calam. No ve usted lo que viene por allí?

D. Cár. Es Simon?

Calam. El mismo... Pero, quién diablos le...

D. Cár. Y qué haremos?

Calam. Qué se yo?... Sonsacatle, mentir y... Me da usted licencia para que...

D. Cár. Si, miente lo que quieras... A qué habrá venido este hombre?

SCENA X.

Simon (1), *don Cárlos*, *Calamocha*.

Calam. Simon, tú por aquí.

Sim. A Dios Calamocha. Como va?

Calam. Lindamente.

Sim. Cuanto me alegro de...

D. Cár. Hombre! tú en Alcalá? Pues qué novedad es esta?

Sim. Oh! que estaba usted ahí, Señorito... Voto va sanes!

D. Cár. Y mi tío?

Sim. Tan bueno.

Calam. Pero, se ha quedado en Madrid, ó...

Sim. Quién me habia de decir á mi... Cosa como ella! Tan ageno estaba yo ahora de... Y usted de cada vez mas guapo... Con que usted irá á ver al tío, eh?

Calam. Tú habras venido con algun encargo del amo.

Sim. Y qué calor traje y qué polvo por ese camino! Ya, ya.

Calam. Alguna cobranza, tal vez. Eh?

D. Cár. Puede ser. Como tiene mi tío ese poco de hacienda en Ajalvir... No has venido á eso?

Sim. Y que buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego mas marrullero y mas bellaco no le hay en toda la campiña... Con que usted viene

ahora de Zaragoza?

D. Cár. Pues... Figurate tú.

Sim. O va usted allá?

D. Cár. Adónde?

Sim. A Zaragoza. No está allí el Regimiento?

Calam. Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, no habiamos de haber andado mas de cuatro leguas?

Sim. Qué sé yo? Algunos van por la posta, y tardan mas de cuatro meses en llegar... Debe ser ~~un~~ camino muy malo.

Calam. Maldito (2) seas tú y tu camino, y la bribona que te dió papilla.

D. Cár. Pero aun no me has dicho, si mi tío está en Madrid, ó en Alcalá, ni á qué has venido, ni...

Sim. Bien, á eso voy... Si señor, voy á decir á usted... Con que... Pues, el amo me dijo...

SCENA XI.

Don Diego, *don Cárlos*, *Simon*, y *Calamocha*.

D. Dieg. No, no es menester: si hay luz aqui. Buenas noches, Rita (3).

D. Cár. Mi tío!

D. Dieg. Simon (4).

Sim. Aquí estoy, señor.

D. Cár. Todo se ha perdido!

D. Dieg. Vamos... Pero... Quién es?

Sim. Un amigo de usted, señor.

D. Cár. Yo estoy muerto!

D. Dieg. Cómo un amigo?... Qué?... Acerca esa luz.

D. Cár. Tío (5).

D. Dieg. Quitate de ahí.

D. Cár. Señor.

D. Dieg. Quitate... No sé como no le... Qué haces aquí?

(1) Sale por la puerta del foro.

(2) Aparte, separándose de Simon.

(3) Desde adentro. Don Cárlos se turba, y se aparta á un extremo del teatro.

(4) Sale don Diego del cuarto de doña Irene encaminándose al suyo: repara en don

Cárlos, y se acerca á él. Simon le alumbrá, y vuelve á dejar la luz sobre la u. sa.

(5) En ademán de besar la mano á Diego, que le aparta de sí con enejo.

D. Carl. Si usted se altera y...

D. Dieg. Qué haces aquí?

D. Carl. Mi desgracia me ha traído.

D. Dieg. Siempre dándome que sentir siempre!... Pero... (1) Qué dices?... De veras, ha ocurrido alguna desgracia? Vamos... Qué te sucede?... Porque estás aquí?

Calam. Porque le tiene á usted ley, y le quiere bien, y...

D. Dieg. A ti no te pregunto nada... Por qué has venido de Zaragoza, sin que yo lo sepa?... Por qué te asusta el verme?... Algo has hecho: si, alguna locura has hecho, que le habrá de costar la vida á tu pobre tío.

D. Carl. No, señor: que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que usted me ha inspirado tantas veces.

D. Dieg. Pues á qué veniste?... Es desafío?... Son deudas? Es algun disgusto con tus gefes?... Sácame de esta inquietud, Carlos... Hijo mio sácame de este afán.

Calam. Si todo ello no es mas, que...

D. Dieg. Ya he dicho que calles... Ven acá (2). Dime qué ha sido?

D. Carl. Una ligereza, una falta de sumision á usted. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le ha dado el verue.

D. Dieg. Y qué otra cosa hay?

D. Carl. Nada mas, señor.

D. Dieg. Pues qué desgracia era aquella de que me hablaste?

D. Carl. Ninguna. La de hallarle á usted en este parage. Y haberle disgustado tanto; cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volyérme contento de haberle visto.

D. Dieg. No hay mas?

D. Carl. No señor.

D. Dieg. Miralo bien.

(1) Acercándose á don Carlos.

(2) Asiendo de una mano á don Carlos, se aparta con él á un extremo del teatro, y le habla en voz baja.

(3) Alza la voz y se pasea inquieto.

(4) A Calamocha.

S. Das
maletas q. sacan
q. y 25.º f.º 12.

D. Carl. No señor... A eso venia. No hay nada mas.

D. Dieg. Pero no me digas tú á mí... Si es imposible que estas escapadas se... No, señor... Ni quien ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, á Dios disciplina militar... Vamos... Eso no puede ser.

D. Carl. Considere usted, tío, que estamos en tiempo de paz: que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto, como en otras plazas, en que no se permite descanso á la guarnicion... Y, en fin, puede usted creer que este viage supone la aprobacion y la licencia de mis superiores: que yo tambien miro por mi estiuacion, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

D. Dieg. Un oficial siempre hace falta á sus soldados. El Rey le tiene allí para que los instruya, los proteja y les dé ejemplos de subordinacion, de valor, y de virtud.

D. Carl. Bien está; pero ya he dicho los motivos...

D. Dieg. Todos esos motivos no valen nada... Porque le dió la gana de ver al tío!... Lo que quiere su tío de usted no es verle cada ocho dias; sino saber que es hombre de juicio y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero (3), yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que usted ha de hacer ahora es marcharse, inmediatamente.

D. Carl. Señor, si...

D. Dieg. No hay remedio... Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aquí.

Calam. Es que los caballos no están ahora para correr... Ni pueden moverse.

D. Dieg. Pues con ellos (4) y con las maletas, al meson de afuera... Us-

ted (1) no ha de dormir aquí... Vamos (2), tú, buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos y marchar... Ayúdale tú... (3) Qué dinero tienes ahí?

Sim. Tendré unas cuatro ú seis onzas (4).

D. Dieg. Dámelas acá... Vamos, qué haces?... (5) No he dicho que ha de ser al instante?... Volando. Y tú, (6) ve con él, ayúdale, y no te me apartes de allí, hasta que se hayan ido (7).

SCENA XII.

D. Diego y don Carlos.

D. Dieg. Tome usted (8). Con eso hay bastante para el camino... Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago.. No conoces que es todo por tu bien y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre, y en obrando tú según corresponde, seré tu amigo, como lo he sido hasta aquí.

D. Carl. Ya lo sé.

D. Dieg. Pues, bien, ahora obedece lo que te mando.

D. Carl. Lo haré sin falta. ~~///~~

D. Dieg. Al meson de afuera (9). Allí puedes dormir, mientras los caballos comen y descansan... Y no me vuelvas aquí, por ningún pretexto, ni entres en la ciudad... Cuidado... Y á eso de las tres ó las cuatro, marchar. Mira que ~~yo~~ he de saber á la hora que

sales. Lo entiendes?

D. Carl. Si señor.

D. Dieg. Mira que lo has de hacer.

D. Carl. Si señor: haré lo que usted manda.

D. Dieg. Muy bien... A Dios. Todo te lo perdono... Vete con Dios... Y yo sabré tambien cuando llegas á Zaragoza: no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

D. Carl. Pues qué hice yo?

D. Dieg. Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, qué mas quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso... Vete.

D. Carl. Quede usted con Dios (10).

D. Dieg. Sin besar la mano á su tio. Eh?

D. Carl. No me atrevi (11).

D. Dieg. Y dame un abrazo: por si no nos volvemos á ver.

D. Carl. Qué dice usted? No lo permita Dios.

D. Dieg. Quién sabe, hijo mio?... Tienes algunas deudas? Te falta algo?

D. Carl. No señor, ahora no.

D. Dieg. Mucho es: porque tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tio... Pues bien: yo escribiré al señor Aznar para que te de cien doblones, de orden mia. Y mira como lo gastas... Juegas?

D. Carl. No señor, en mi vida.

D. Dieg. Cuidado con eso... Con que, buen viage. Y no te acalores: jornadas regulares y nada mas.. Vas contento?

D. Carl. No señor. Porque usted me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.

D. Dieg. No se hable ya de lo pasado. A Dios.

(1) *A don Carlos.*

(2) *A Calamocha.*

(3) *A Simon.*

(4) *Saca de un bolsillo unas monedas, y se las da á don Diego.*

(5) *A Calamocha.*

(6) *A Simon.*

(7) *Los dos criados entran en el cuarto de don Carlos.*

(8) *Le da el dinero.*

(9) *A los dos criados que salen con los trastos del cuarto de don Carlos, y se van por la puerta del foro.*

(10) *Hace que se va y vuelve.*

(11) *Besa la mano á don Diego y se abrazan.*

*No Jo va
H. J. etc.*

D. *Cárl.* Queda usted enojado conmigo ?

D. *Dieg.* No, no por cierto... Me disgusté bastante; pero ya se acabó... No me des que sentir (1). Portarse como hombre de bien.

D. *Cárl.* No lo dude usted.

D. *Dieg.* Como oficial de honor.

D. *Cárl.* Así lo prometo.

D. *Dieg.* A Dios, *Cárlos* (2).

D. *Cárl.* Y la dejen!... (3) Y la pierdo para siempre!

SCENA XIII.

Don Diego.

D. *Dieg.* Demasiado bien se ha ^{com} dispuesto. Luego lo sabrá, enhorabuena... Pero no es lo mismo escribirselo, que... Después de hecho no importa nada... Pero siempre aquel respeto al tío... Como una malva es (4)...

SCENA XIV. (5)

Doña Francisca, y Rita.

Rit. Mucho silencio hay por aquí.

Doña Franc. Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.

Rit. Precisamente.

Doña Franc. Un camino tan largo!

Rit. A lo que obliga el amor, señorita!

Doña Franc. Si, bien puedes decirlo, amor...

Y yo qué no hiciera por él?

Rit. Y, deje usted, que no ha de ser este el último milagro. Cuando lleguemos á Madrid, entonces será ella...

El pobre don Diego, qué chasco se va á llevar! Y por otra parte, vea

usted que señor tan bueno, que cierto da lástima.

Doña Franc. Pues en eso consiste todo.

Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretension, ni yo tendria que disimular mi repugnancia... Pero ya es otro tiempo, Rita; don Feliz ha venido, y ya no, no temo á nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la mas dichosa de las mugeres.

Rit. Ay! ahora que me acuerdo... Pues poquito me lo encargó. Ya se ve, si con estos amores tengo ya tambien la cabeza... Voy por él (6).

Doña Franc. A qué vas?

Rit. El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

Doña Franc. Si, traele: no empiece á ^{cantar} ~~rozar~~ como anoche... Allí quedo junto á la ventana... Y ve con cuidado, no despierte mamá.

Rit. Si, mire usted el estrépito de caballeras, que anda por allá abajo.....

Hasta que lleguemos á nuestra calle del Lobo, número siete, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito porton, que rechina, que..

Doña Franc. Te puedes llevar la luz.

Rit. No es menester, que ya sé donde está (7).

SCENA XV.

Simon, (8) doña Francisca.

Doña Franc. Yo pensé que estaban ustedes acostados.

Sim. El amo ya habrá hecho esa diligencia; pero yo todavía no sé en donde

(1) Poniendole ambas manos sobre los hombros.

(2) Abrázanse.

(3) Aparte, al irse por la puerta del foro.

(4) Se enjuga las lágrimas, toma una luz y se va á su cuarto. El teatro queda solo y obscuro por un breve espacio.

(5) Salen del cuarto de doña Irene. Rita sacará una luz, y la pone encima de la mesa.

(6) Encaminandose al cuarto de doña Irene.

(7) Vase al cuarto de doña Irene.

(8) Sale por la puerta del foro.

he de tender el rancho... Y buen sueño que tengo.

Doña Franc. Qué gente nueva ha llegado ahora?

Sim. Nadie. Sun unos que estaban ahí, y se han ido.

Doña Franc. Los harrieros?

Sim. No señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van á Zaragoza.

Doña Franc. Quiénes dice usted que son?

Sim. ~~Un oficial de caballería y su asistente.~~
y un criado suyo

Doña Franc. Y estaban aquí?

Sim. Si Señora: ahí en ese cuarto.

Doña Franc. No los he visto.

Sim. Parece que llegaron esta tarde y... A la cuenta habrán despachado ya la comision que traian... Con que se han ido... Buenas noches, señorita (1).

SCENA XVI.

Doña Francisca y Rita.

Doña Franc. Dios mio de mi alma! Que es esto?... No puedo sostenerme... Desdichada! (2)

Rit. Señorita, yo vengo muerta. (3)

Doña Franc. Ay! que es cierto!.. Tu lo sabes tambien?

Rit. Deje usted, que todavia no creo lo que he' visto... Aquí no hay nadie... Ni maletas, ni ropa, ni... Pero como podia engañarme? Si yo misma los he visto salir.

Doña Franc. Y eran ellos?

Rit. Si señora. Los dos. *fuera*

Doña Franc. Pero se han ido de la ciudad?

Rit. Si no los he perdido de vista, hasta que salieron por la puerta de Mártires... Como está un paso de aquí.

Doña Franc. Y es ese el camino de Aragon.

(1) *Vase al cuarto de don Diego.*

(2) *Siéntase en una silla inmediata á la mesa.*

(3) *Saca la jaula del tordo y la deja encima de la mesa, abre la puerta del cuarto de don Carlos y vuelve.*

(4) *Levántase, y Rita la sostiene.*

(5) *Rita coge la luz y se van entrambas al cuarto de doña Francisca.*

Rit. Ese es.

Doña Franc. Indigno!.. Hombre indigno!

Rit. Señorita...

Doña Franc. En qué te ha ofendido esta infeliz?

Rit. Yo estoy temblando toda... Pero...

Si es incomprehensible... Si no alcanzo á descubrir qué motivos ha podido haber para esta novedad.

Doña Franc. Pues no le quise mas que á mi vida?... No me ha visto loca de amor?

Rit. No sé qué decir, ai considerar una accion tan infame.

Doña Franc. Qué has de decir? Que no me ha querido nunca, ni es hombre de bien... Y vino para esto?... Para engañarme, para abandonarme así! (4)

Rit. Pensar que su venida fué con otro designio, no me parece natural... Celos... Por qué ha de tener celos?... Y aun eso mismo, debería enamorarme mas... El no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

Doña Franc. Te cansas en vano... Di que es un pérfido, di que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

Rit. Vamos de aquí. que puede venir alguien y...

Doña Franc. Si, vámonos... Vamos á llorar... Y en que situacion me deja!.. Pero, ves qué malvado?

Rit. Si señora, ya lo conozco.

Doña Franc. Qué bien supo fingir!.. Y con quién? Conmigo... Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?... Mereció mi cariño este galardón?..

Dios de mi vida! Cuál es mi delito, cuál es? (5)

Un teniente Coronel y su asistente.

Oscuro. Luz apagada. Taula
sobre la mesa. 29.º ap.º

3.ª Día. emp.º

24

Palmas 3.º y 4.º

Prehido

ACTO TERCERO.

Tocan

3.º

SCENA I. (1)

Don Diego y Simon.

Doña
3.º

D. Dieg. Aquí, á lo menos, ya que no duerma, no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella, no se... Cómo ronca este!... Guardémosle el sueño, hasta que venga el día, que ya poco puede tardar... (2) Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

Sim. Qué estaba usted ahí, señor?

D. Dieg. Si, aquí me he salido, porque allí no puedo parar.

Sim. Pues yó, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un Emperador.

D. Dieg. Mala comparacion!.. Di que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

Sim. En efecto, dice usted bien... Y que hora será ya?

D. Dieg. Poco ha que sonó el relóx de San Justo, y si no conté mal, dió las tres.

Sim. Oh! Pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

D. Dieg. Si, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.

Sim. Pero, si usted viera que apesadumbrado le dejé, que triste!

D. Dieg. Ha sido preciso.

Sim. Ya lo conozco.

D. Dieg. No ves que venida tan intempestiva? y...

Sim. Es verdad.. Sin permiso de usted, sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamos, hizo muy mal... Bien que por otra parte, él tiene prendas suficientes para que se le perdona esta ligereza... Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante. Eh?

D. Dieg. No, qué!.. No señor. Una cosa es que le haya hecho volver... Ya ves en que circunstancias nos cogia... Te aseguro que cuando (3) se fué me quedó un ansia en el corazon. Qué ha sonado?

Sim. No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

D. Dieg. Calla.

Sim. Vaya, música tenemos, segun parece.

D. Dieg. Si, como lo hagan bien.

Sim. Y quien será el amante infeliz que se viene á gorgear á estas horas, en ese callejón tan puerco?... Apostaré que son amóres con la moza de la posada, que parece un mico.

D. Dieg. Puede ser.

Sim. Ya empiezan, oigámos... (4)

Pues dígole á usted que toca muy lindamente el picaro del Barberillo.

D. Dieg. No: no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite.

Sim. Quiere usted que nos asomemos un poco, á ver...

D. Dieg. No, dejarlos..... Pobre gente! Quién sabe la importancia que darán ellos á la tal música... (5) No gusto yo de incomodar á nadie.

Sim. Señor... Eh?... Presto, aquí á un lado.

D. Dieg. Qué quieres?

Sim. Que han abierto la puerta de esa al-

- (1) Teatro obscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada y la jaula del tordo. Simon duerme tendido en el banco. Sale don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.
- (2) Simon despierta, y al oír á don Diego se incorpora y se levanta.
- (3) Suenan á lo lejos tres palmas, y poco despues se oye que puntean un instrumento.
- (4) Tocan una sonata desde adentro.
- (5) Sale de su cuarto doña Francisca y Rita con ella. Las dos se encaminan á la ventana. Don Diego y Simon se retiran á un lado y observan.

*Doña Francisca y Rita
y carta que tiran*

25

coba, y huele á faldas que trasciende.
D. *Dieg.* Si? Retirémonos.

SCENA II.

Doña Francisca, Rita, don Diego y Simon.

Rit. Con ciento señorita.

Doña Franc. Siguiendo la pared, no voy bien? (1)

Rit. Si señora... Pero vuelven á tocar... Silencio.

D. Franc. No te muevas... Deja... Sepamos primero si es él.

Rit. Pues no ha de ser?... La seña no puede mentir.

Doña Franc. Calla... (2) Si, él es... Dios mio!.. (3) Ve, responde... Albricias corazón. El es.

Sim. Ha oido usted?

D. *Dieg.* Si.

Sim. Qué querrá decir esto?

D. *Dieg.* Calla.

Doña Franc. Yo soy... (4) Y qué habia de pensar, viendo lo que usted acaba de hacer?... Qué fuga es esta?... Rita (5), amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyes algun rumor, al instante avísame... Para siempre? Triste de mi... Bien está tírela usted... Pero yo no acabo de entender... Ay! D. Feliz, nunca le he visto á usted tan tímido... (6) No, no la he cogido, pero aquí está sin duda... Y no he de saber yo, hasta que llegue

el dia, los motivos que tiene usted para dejarme muriendo?... Si, yo quiero saberlo de su boca de usted. Su Paquita de usted se lo manda... Y como le parece á usted que estará el mio?... No me cabe en el pecho... Diga usted (7).

Rit. Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

Doña Franc. Infeliz de mí... Guíame.

Rit. Vamos.. (8) Ay!

Doña Franc. Muerta voy!

SCENA III.

D. Diego y Simon.

D. *Dieg.* Qué grito fue ese?

Sim. Una de las fantasmas, que al retirarse, tropezó conmigo.

D. *Dieg.* Acercate á esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... Buenos estamos!

Sim. No encuentro nada, (9) señor.

D. *Dieg.* Búscales bien, que por ahí ha de estar.

Sim. Le tiraron desde la calle?

D. *Dieg.* Si... Qué amante es este?... Y diez y seis años y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusión.

Sim. Aquí está. (10)

D. *Dieg.* Vete abajo y enciende una luz... En la caballeriza, ó en la cocina... Por ahí habrá algun farol... Y vuelve con ella al instante (11).

(1) Vuelven á probar el instrumento.

(2) Repiten desde adentro la sonata anterior.

(3) Acercase Rita á la ventana, abre la vidriera y da tres palmadas. Cesa la música.

(4) Doña Francisca se asoma á la ventana: Rita se queda detrás de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones, mas ó menos largas que deben hacerse.

(5) Apartándose de la ventana y vuelve despues.

(6) Tiran desde adentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademan de buscarla y no hallándola vuelve á asomarse.

(7) Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la deja caer.

(8) Al retirarse tropieza Rita con Simon. Los dos se van apresuradamente al cuarto de doña Francisca.

(9) Tentando por el suelo cerca de la ventana.

(10) Halla la carta y se la da á don Diego.

(11) Vase Simon por la puerta del foro.

*Doña Francisca y Rita
y carta que tiran*

SCENA IV.

Don Diego.

D. *Dieg.* Y á quien debo culpar? Es (1) ella la delinquente, ó su madre, ó sus tías, ú yo?.. Sobre quien... Sobre quien ha de caer esta cólera, que por mas que lo procuro, no la sé reprimir?... La naturaleza la hizo tan amable á mis ojos!... Qué esperanzas tan halagüeñas concebí! Qué felicidades me prometía!. Cielos!.. Yo?.. En qué edad tengo celos!.. Vergüenza es.. Pero esta inquietud que yo siento, esta indignación, estos deseos de venganza de qué provienen? Cómo he de llamarlos?..... Otra vez parece (2) que..... Si.

SCENA V.

Rita, don Diego y Simon.

Rit. Ya se han ido.. (3) Válgame Dios... El papel estará muy bien escrito; pero el señor don Feliz es un grandísimo picaron... Pobrecita de mi alma!.. Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... Ojalá no los hubiéramos conocido!... Y este maldito papel... Pues buena la hiciéramos, si no pareciese... Qué dirá?..... Mentiras, mentiras y todo mentira.

Sim. Ya tenemos luz (4).
Rit. Perdida soy!
 D. *Dieg.* Rita! Pues tú aquí? (5)
Rit. Si señor, por que...
 D. *Dieg.* Qué buscas á estas horas?

Rit. Buscaba... Yo le diré á usted... Por que oimos un ruido ^{vain} muy grande...

Sim. Sí, eh?

Rit. Cierto... Un ruido y... Y mire (6) usted ~~era~~ la jaula del tordo... Pues, la jaula era, no tiene duda... Válgate Dios! Si se habrá muerto?.. No vivo está, vaya... Algun gato habrá sido.... Preciso.

Sim. Si, algun gato.

Rit. Pobre animal! Y qué asustadillo se conoce que está todavía.

Sim. Y con mucha razon... No te parece si le hubiera pillado el gato...

Rit. Se le hubiera comido (7).

Sim. Y sin pebre... Ni plumas hubiera dejado.

D. *Dieg.* Traeme esa luz.

Rit. Ah! Deje usted encenderemos esta, (8) que ya lo que no se ha dormido...

D. *Dieg.* Y Doña Paquita duerme?

Rit. Si señor.

Sim. Pues mucho es que con el ruido del tordo...

D. *Dieg.* Vamos (9).

SCENA VI.

Doña Francisca y Rita.

Doña Franc. Ha parecido el papel?

Rit. No señora.

Doña Franc. Y estaban aquí los dos, cuando tu saliste?

Rit. Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo; sin poder escapar,

- (1) Apoyándose en el respaldo de una silla.
 (2) Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de doña Francisca, se retira á un extremo del teatro.
 (3) Rita observa y escucha, asómase despues á la ventana y busca la carta por el suelo.
 (4) Sale con luz. Rita se sorprehende.
 (5) Acercándose.
 (6) Alza la jaula que está en el suelo.
 (7) Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.
 (8) Enciende la vela que está sobre la mesa.
 (9) Don Diego se entra en su cuarto. Simon va con él llevándose una de las luces.

ni saber que disculpa darles (1).

Doña Franc. Ellos eran sin duda.... Aquí estarían cuando yo hablé desde la ventana... Y ese papel?

Rit. Yo no lo encuentro, señorita.

Doña Franc. Le tendrán ellos: no te cansas.... Si es lo único que faltaba á mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.

Rit. A lo menos por aquí...

Doña Franc. Yo estoy loca (2)!

Rit. Sin haberse explicado este hombre, ni decir siquiera...

Doña Franc. Cuando iba á hacerlo, me avisaste y fué preciso retirarnos.... Pero, sabes tú con que temor me habló, que agitacion mostraba!... Me dijo que en aquella carta vería yo los motivos justos que le precisaban á volverse: que la habia escrito para dejársela á persona fiel, que la pusiera en mis manos; suponiendo que el verme seria imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre aleve, que prometió lo que no pensaba cumplir.... Vino, halló un competidor, y diría: pues yo para que he de molestar á nadie ni hacerme ahora defensor de una muger?... Hay tantas mugeres!.... Casenla... Yo nada pierdo. Primero es mi tranquilidad, que la vida de esa infeliz..... Dios mio, perdon!... Perdon de haberle querido tanto!

Rit. Ay? señorita (3) que parece que salen ya.

Doña Franc. No importa, dejame.

Rit. Pero si don Diego la ve á usted de esa manera.

Doña Franc. Si todo se ha perdido ya, que puedo temer?... Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?... Que vengan, nada importa.

Rit. Pero si don Diego la ve á usted de esa manera.

Doña Franc. Si todo se ha perdido ya, que puedo temer?... Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?... Que vengan, nada importa.

Rit. Pero si don Diego la ve á usted de esa manera.

SCENA VII.

Don Diego, Simon, doña Francisca, y Rita.

Sim. Voy enterado, no es menester mas.

D. Dieg. Mira, y haz que ensillen inmediatamente al Moro, mientras tu vas allá. Si han salido, vuelves, montas á caballo, y en una buena carrera que des, los alcanzas.... Las dos aquí eh?... Con que, vete, no se pierda tiempo (4).

Sim. Voy allá.

D. Dieg. Mucho se madruga, doña Paquita.

Doña Franc. Si señor.

D. Dieg. Ha llamado ya doña Irene?

Doña Franc. No señor.... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir (5).

SCENA VIII.

Don Diego, y doña Francisca.

D. Dieg. Usted no habrá dormido bien esta noche.

Doña Franc. No señor. Y usted?

D. Dieg. Tampoco.

Doña Franc. Ha hecho demasiado calor.

D. Dieg. Está usted desazonada?

Doña Franc. Alguna cosa.

D. Dieg. Qué siente usted (6)?

Doña Franc. No es nada... Así un poco de... Nada... No tengo nada.

D. Dieg. Algo será: porque la veo á usted muy abatida, llorosa, inquieta.... Que tiene usted, Paquita? No sabe usted que la quiero tanto?

Doña Franc. Si señor.

D. Dieg. Pues por qué no hace usted mas confianza de mí?... Piensa usted que

(1) Rita coge luz y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.
 (2) Siéntase.
 (3) Mirando ácia al cuarto de don Diego.
 (4) Despues de hablar los dos inmediatos á la puerta del cuarto de don Diego, se va Simon por la del foro.
 (5) Rita se va al cuarto de doña Irene.
 (6) Siéntase junto á doña Francisca.

*

no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

Doña Franc. Ya lo sé.

D. Dieg. Pues cómo sabiendo que tiene usted un amigo, no desahoga con él su corazón.

Doña Franc. Porque eso mismo me obliga á callar.

D. Dieg. Eso quiere decir, que tal vez soy yo la causa de su pesadumbre de usted.

Doña Franc. No señor, usted en nada me ha ofendido... No es de usted de quien yo me debo quejar.

D. Dieg. Pues de quien, hija mia?... Veniga usted acá... (1) Hablemos, si quiera una vez, sin rodeos ni disimulación.... Digame usted no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? Cuanto va, que si la dejasen á usted entera libertad para la elección, no se casaría conmigo?

Doña Franc. Ni con otro.

D. Dieg. Será posible que usted no conozca otro más amable que yo? Que la quiera bien; y que la corresponda como usted merece?

Doña Franc. No señor, no señor.

D. Dieg. Mírelo usted bien.

Doña Franc. No le digo á usted que no?

D. Dieg. Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinación al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida más...

Doña Franc. Tampoco, no señor... Nunca he pensado así.

D. Dieg. No tengo empeño de saber más. Pero, de todo lo que acabo de oír, resulta una gravísima contradicción. Usted no se halla inclinada al estado religioso, según parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro; ni debo recelar que nadie me dispute su mano.... Pues que llanto es ese?... De dónde nace esa tristeza pro-

funda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted en términos que apenas le reconozco? son estas las señales de quererme exclusivamente á mí? De casarse gustosa conmigo dentro de pocos días? Se anuncian así la alegría y el amor? (2)

Doña Franc. Y qué motivo le he dado á usted para tales desconfianzas?

D. Dieg. Pues, qué? Si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra unión, si su madre de usted sigue aprobándola, y llega el caso de....

Doña Franc. Haré lo que mi madre me manda, y me casare con usted.

D. Dieg. Y despues, Paquita?

Doña Franc. Despues... Y mientras me dure la vida, seré muger de bien.

D. Dieg. Eso no lo puedo yo dudar... Pero, si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, digame usted, estos títulos no me dan algun derecho para merecer de usted mayor confianza? No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad; sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa: si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto...

Doña Franc. Dichas para mí!... Ya se acabaron.

D. Dieg. Por qué?

Doña Franc. Nunca diré por qué.

D. Dieg. Pero, qué obstinado, qué imprudente silencio!... Cuando usted misma debe presumir, que no estoy ignorante de lo que hay.

Doña Franc. Si usted lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

D. Dieg. Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa aflicción y esas lágrimas son voluntarias; hoy llegaremos á Madrid, y dentro de ocho días será usted mi muger.

(1) *Acercase mas.*

(2) *Vase iluminando lentamente el teatro, suponiendo que viene la luz del día.*

Doña Franc. Y daré gusto á mi madre.

D. Dieg. Y vivirá usted infeliz.

Doña Franc. Ya lo sé.

D. Dieg. Ve aquí los frutos de la educación. Esto es lo que se llama criar bien á una niña: enseñarla á que desmienta y occulte las pasiones mas inocentes, con una pérdida disimulacion. Las juzgan honestas, luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad, ni el genio, no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presen á pronunciar cuando se lo manden, un sí, perjuro, sacrilego, origen de tantos escándalos, ya estan bien criadas: y se llama excelente educacion la que inspira en ellas, el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

Doña Franc. Es verdad..... Todo eso es cierto..... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi afliccion es mucho mas grande.

D. Dieg. Sea cual fuere, hija mia, es menester que usted se anime... Si la ve á usted su madre de esa manera, qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

Doña Franc. Dios mio!

D. Dieg. Sí, Paquita: conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí..... No abandonarse tanto..... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes, como la imaginacion las pinta... Mire usted qué desórden este!... Qué agitacion!... Qué lágrimas?... Vaya, me da usted palabra de presentarse, así... Con cierta serenidad y... Eh?

Doña Franc. Y usted, señor.... Bien sabe

usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, á quién he de volver los ojos? Quién tendrá compasion de esta desdichada?

Dieg. Su buen amigo de usted... Yo... Como es posible que yo la abandonase. Criatura! En la situacion dolorosa en que la veo (1)?

Doña Franc. De veras?

Dieg. Mal conoce usted mi corazon.

Doña Franc. Bien le conozco (2).

Dieg. Qué hace usted, niña?

Doña Franc. Yo no sé.... Qué poco merece toda esa bondad una muger tan ingrata para con usted!..... No, ingrata no; infeliz... Ay! qué infeliz soy, señor don Diego?

D. Dieg. Yo bien se que usted agradece, como puede, el amor que la tengo..... Lo demas todo ha sido... Qué sé yo?... Una equivocacion mia, y no otra cosa... Pero usted inocente!... Usted no ha tenido la culpa.

Doña Franc. Vamos... No viene usted?

D. Dieg. Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

Doña Franc. Vaya usted presto (3).

D. Dieg. Sí, presto iré.

SCENA IX.

Simon, y don Diego.

Sim. Ahí están, señor.

D. Dieg. Qué dices?

Sim. Cuando yo salia de la puerta, los vi á lo lejos que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo: se detuvieron, y apenas llegué y le dije al señorito lo que usted mandaba, volvió las riendas y está abajo. Le eucargué que no subiera, hasta que le avisara yo: por si acaso habia gente aquí, y usted no queria que le viesen.

D. Dieg. Y que dijo, cuando le diste el recado?

(1) Asiendola de las manos.

(2) Quiere arrodillarse, y don Diego se lo estorba y ambos se levantan.

(3) Encaminandose al cuarto de doña Irene, vuelve y se despide de don Diego besandole las manos.

Sim. Ni una sola palabra... Muerto viene... Va digo, ni una palabra... A mi me ha dado compasión el verle, así, tan.....

D. Dieg. No me empieces á interceder por él.

Sim. Yo, señor?

D. Dieg. Si, que no te entiendo yo..... Compasión!... Es un pícaro.

Sim. Como yo no sé lo que ha hecho..

D. Dieg. Es un bribon, que me ha de quitar la vida..... Ya te he dicho que no quiero intercesores.

Sim. Bien está, señor (1).

D. Dieg. Dile que suba.

SCENA X.

Don Carlos, y don Diego.

D. Dieg. Venga usted acá, señorito, venga usted... En donde has estado desde que no nos vemos?

D. Carl. En el meson de afuera.

D. Dieg. Y no has salido de allí en toda la noche. Eh?

D. Carl. Si señor, entré en la ciudad y...

D. Dieg. A que? Siéntese usted.

D. Carl. Tenia precision de hablar con un sugeto (2).

D. Dieg. Precision!

D. Carl. Si señor..... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme á Zaragoza, sin estar primero con él.

D. Dieg. Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio... Pero venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacerdo... Por que no le escribiste un papel?... Mira, aqui he de tener... Con este papel que le hubieras enviado, en mejor ocasion, no habia necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar á nadie.

D. Carl. Pues (3) si todo lo sabe usted,

para qué me llama? Por qué no me permite seguir mi camino y se evitaria una contestacion, de la cual ni usted ni yo quedaremos contentos?

D. Dieg. Quiere saber su tio de usted lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga.

D. Carl. Para qué saber mas?

D. Dieg. Porque yo lo quiero y lo mando. Oiga!

D. Carl. Bien está.

D. Dieg. Siéntate ahí.. (4) En dónde has conocido á esta niña?... Qué amor es este?... Qué circunstancias han ocurrido?... Qué obligaciones hay entre los dos?... Dónde, cuándo la viste?

D. Carl. Volviéndome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalajara, sin ánimo de detenerme; pero el Intendente, en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel dia, por ser cumpleaños de su parienta: prometiéndome que al siguiente, me dejaria proseguir mi viage. Entre las gentes convidadas hallé á doña Paquita, á quien la señora habia sacado aquel dia del convento, para que se esparciese un poco..... Yo no sé qué vi en ella, que escitó en mi una inquietud, un deseo constante, irresistible, de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos..... El Intendente dijo entre otras cosas..... Burlándose, que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba don Feliz de Toledo, nombre que dió Calderón á algunos amantes de sus comedias. Yo sostuve esta ficcion; porque desde luego concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella ciudad; evitando que llegase á noticia de usted.... Observé que doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando

(1) Vase por la puerta del foro; don Diego se sienta manifestando inquietud y enojo.

(2) Siéntase.

(3) Dándole el papel que tiraron á la ventana; don Carlos luego que le reconoce se le vuelve y se levanta en ademan de irse.

(4) Siéntase don Carlos.

por la noche nos separamos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido á todos los concurrentes de aquel dia, que fueron muchos. En fin... Pero, no quisiera ofender á usted refiriéndole....

D. *Dieg.* Prosigue.

D. *Carl.* Supe que era hija de una señora de Madrid, viuda y pobre; pero de gente muy honrada... Fué necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañía: y él, sin aplaudirlos ni desaprobarnos, halló disculpas, las mas ingeniosas, para que ninguno de su familia estrañara mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la ciudad, facilmente iba y venia de noche.. Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mias, y con las pocas respuestas que de ellas tuve, acabé de precipitarme en una pasion, que mientras viva me hará infeliz.

D. *Dieg.* Vaya... Vamos, sigue adelante.

D. *Carl.* Mi asistente (que como usted sabe, es hombre de travesura, y conoce el mundo) con mil artificios que á cada paso le ocurrían, facilitó los muchos estorbos que al principio hallabamos... La seña era dar tres palmadas, á las cuales respondían con otras tres, desde una ventanilla que daba al corral de las monjas. Hablabamos todas las noches, muy á deshora, con el recato y las precauciones que ya se dejan entender.... Siempre fui para ella don Feliz de Toledo, oficial de un regimiento, estimado de mis gefes y hombre de honor. Nunca la dije más, ni la hablé de mis parientes, ni de mis esperanzas, ni la dí á entender que casándose conmigo podría aspirar á mejor fortuna: porque ni me convenia nombrarle á usted, ni quise esponerla, á que las miras de interés y no el amor, la inclinasen á favorecerme. De cada vez la hallé mas fina, mas hermosa, mas digna de ser adorada... Cerca de tres meses me

detuve allí; pero al fin, era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida á un desmayo mortal, y me fui, ciego de amor, adonde mi obligacion me llamaba... Sus cartas consolaron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos dias ha, me dijo, como su madre trataba de casarla, que primero perderia la vida que dar su mano á otro que á mi: me acordaba mis juramentos, me exortaba á cumplirlos... Monté á caballo, corrí precipitado el camino, llegué á Guadalañara; no la encontré, vine aquí... Lo demas bien lo sabe usted, no hay para qué decirselo.

D. *Dieg.* Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

D. *Carl.* Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor: pasar á Madrid, verle á usted, echarme á sus pies: referirle todo lo ocurrido y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... Solo su consentimiento y su bendicion, para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundáramos toda nuestra felicidad.

D. *Dieg.* Pues ya ves, Carlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

D. *Carl.* Si señor.

D. *Dieg.* Si tú la quieres, yo la quiero tambien. Su madre y toda su familia, aplauden este casamiento. Ella..... Y sean las que fueren las promesas que á ti te hizo... Ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano, así que...

D. *Carl.* Pero no el corazon (1).

D. *Dieg.* Qué dices?

D. *Carl.* No ^{elo}, no... Seria ofenderla.... Usted celebrará sus bodas cuando guste: ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido; pero si alguna ó muchas veces la sorprendere, y ve sus ojos hermosos inundados

(1) *Lavántase.*

-sen lágrimas, por mí las vierte... No
-la pregunte usted jamás el motivo de
sus melancolias... Yo, yo seré la cau-
sa... Los suspiros, que en vano pro-
curará reprimir, serán finezas dirigi-
das a un amigo ausente

D. Dieg. Qué temeridad es esta? (1)

D. Carl. Ya se lo dije á usted... Era im-
-posible que yo hablase una palabra,
sin ofenderle... Pero, acabemos esta
odiosa conversacion... Viva usted feliz
y no me aborrezca: que yo, en nada
le he querido disgustar... La prueba
mayor que yo puedo darle de mi obe-
diencia y me respeto, es la de salir
de aquí inmediatamente... Pero, no se
me niegue á lo menos, el consuelo de
saber que usted me perdona.

D. Dieg. Con que en efecto te vas?

D. Carl. Al instante, Señor... Y esta au-
sencia será bien larga.

D. Dieg. Por qué?

D. Carl. Porque no me conviene verla
en mi vida... Si las veces que corren de
una proxima guerra se llegaran á veri-
ficar... Entonces...

D. Dieg. Qué quieres decir? (2)

D. Carl. Nada... Que ápetezco la guerra,
porque soy soldado.

D. Dieg. Carlos!... Qué horror!.. Y tie-
nes corazon para decírmelo?

D. Carl. Alguien viene (3): Tal vez será
ella... Quede usted con Dios.

D. Dieg. A donde vas? No señor, no
has de irte.

D. Carl. Es preciso... Yo no he de ver-
la... Una sola mirada nuestra pudiera
causarle á usted inquietudes crueles.

D. Dieg. Ya he dicho que no ha de ser...
Entra en ese cuarto.

D. Carl. Pero si...

(1) Se levanta con mucho enojo, encaminándose hacia don Carlos, el cual se va retirando.

(2) Asiendo de un brazo á don Carlos le hace venir mas adelante.

(3) Mirando con inquietud hacia el cuarto de doña Irene, se desprende de don Diego y hace ademán de irse por la puerta del foro. Don Diego va detras de él y quiere impedirselo.

(4) Entrase don Carlos en el cuarto de don Diego.

(5) Apaga la luz que está sobre la mesa.

(6) Paseándose con inquietud.

(7) Siéntanse los dos.

D. Dieg. Haz lo que te mando (4).

SCENA XI.

Doña Irene y don Diego.

Doña Iren. Con que, señor don Diego,
es ya la de vámonos?... Buenos dias...
(5) Reza usted?

D. Dieg. Si, para rezar estoy ahora... (6)

Doña Iren. Si usted quiere ya pueden ir
disponiendo el chocolate, y que avisen
al mayoral, para que enganchen lue-
go que... Pero qué tiene usted, señor!..
Hay alguna novedad?

D. Dieg. Si, no deja de haber novedades.

Doña Iren. Pues que... Dígalo usted por
Dios... Vaya, vaya!... No sabe usted
lo asustada que estoy... Cualquiera co-
sa así, repentina, me remueve toda
y me... Desde el último mal parto que
tuve quedé tan sumamente delicada de
los nervios.... Y va ya para diez y
nueve años, si no son veinte; pero
desde entonces, ya digo, cualquiera
friolera me trastorna... Ni los baños,
ni caldos de culebra, ni la conserva
de tamarindos: nada me ha servido, de
manera que...

D. Dieg. Vamos: ahora no hablemos de
malos partos ni de conservas... Hay
otra cosa mas importante de que tra-
tar... Qué hacen esas muchachas?

Doña Iren. Estan recogiendo la ropa y
haciendo el cofre, para que todo
esté á la vela, y no haya deten-
cion.

D. Dieg. Muy bien. Siéntese usted.... y
no hay que asustarse ni alborotarse (7)
por nada de lo que yo diga: y cuenta,
no nos abandone el juicio, cuando mas

D. *Dieg.* Aquí no se trata de ningún des-
liz, señora doña Irene; se trata de
una inclinación honesta; de la cual
hasta ahora no habíamos tenido ante-
cedente alguno. Su hija de usted es
una niña muy honrada, y no es capaz
de deslizarse... Lo que digo es: que ~~la~~
madre Circuncisión, y la Soledad, y
la Candelaria, y todas las madres y
usted y yo el primero, nos hemos e-
quivocado solemnemente. La mucha-
cha se quiere casar con otro y no con-
migo... Hemos llegado tarde: usted
ha contado muy de ligero con la vo-
luntad de su hija... Vaya, para qué
es cansarnos? Lea usted ese papel (1) y
verá si tengo razón...

Doña *Iren.* Yo he de volverme loca!..
Francisquita... Virgen ~~del Tremedal~~ *Laura*
Rita, Francisca.

D. *Dieg.* Pero, ¿a qué es llamarlas?

Doña *Iren.* Si señor, que quiero que ven-
ga y que se desengañe la pobrecita de
de quién es usted.

D. *Dieg.* Lo echó todo á rodar... Esto le
sucede á quien se fía de la prudencia
de una mujer.

SCENA XII.

Doña *Francisca*, *Rita*, doña *Irene*, y
don *Diego*.

Rit. Señora.

Doña *Franc.* Me llamaba usted.

Doña *Iren.* Si, hija, si: porque el señor
don *Diego* nos trata de un modo, que
ya no se puede aguantar. Qué amo-
res tienes, niña? A quién has dado
palabra de matrimonio? Qué enredos
son estos?... Y tú picarona.....

(1) *Saca el papel don Carlos y se le da: doña Irene, sin leerle, se levanta muy
agitada, se acerca á la puerta de su cuarto y llama. Levantase don Diego y
procura en vano contenerla.*

(2) *Presentando el papel abierto á doña Francisca.*

(3) *Aparte, á doña Francisca.*

(4) *Asiéndola de una mano á doña Francisca, la pone á su lado.*

(5) *Quitándola el papel de las manos á doña Irene.*

(6) *Lee.*

(7) *Se encamina hacia doña Francisca, muy colérica y en ademán de querer
maltratarla. Rita y don Diego procuran estorbárselo.*

G. N. J. O. Y.

Pues tú también lo has de saber... Por
fuerza lo sabes... Quién ha escrito este
papel? Qué dice?... (2)

Rit. Su letra es (3).

Doña *Franc.* Qué maldad!.. Señor D. *Die-*
go, así cumple usted su palabra?

D. *Dieg.* Bien sabe Dios que no tengo la
culpa... Venga usted aquí... (4) No hay
que temer... Y usted, Señora: escuche
y calle, y no me ponga en términos
de hacer un desatino... Demie usted
ese papel... (5) Paquita, ya se acuer-
da usted de las tres palmadas de esta
noche.

Doña *Franc.* Mientras viva me acor-
daré.

D. *Dieg.* Pues este es el papel que tirá-
ron á la ventana... No hay que asus-
tarse, ya lo he dicho (6). Bien mio: si
no consigo hablar con usted, haré
lo posible para que llegue á sus ma-
nos esta carta. Apenas me separé de
usted, encontré en la posada al que
yo llamaba mi enemigo y al verle, no
sé como no espiré de dolor. Me man-
dó que saliera inmediatamente de la
ciudad y fué preciso obedecerle. Yo me
llamo don *Carlos*, no don *Feliz*...
Don *Diego* es mi tío. Viva usted di-
chosa y olvide para siempre á su infe-
liz amigo = *Carlos de Urbina*.

Doña *Iren.* Con qué hay eso?

Doña *Franc.* Triste de mí!

Doña *Iren.* Con qué es verdad lo que de-
cía el señor, grandísima bribona? Te
has de acordar de mí (7). *picarona*

Doña *Franc.* Madre. Perdon.

Doña *Iren.* No señor, que la he de
matar.

D. *Dieg.* Qué locura es esta?

Doña *Iren.* He de matarla.

SCENA XIII.

Don Carlos, don Diego, doña Irene, doña Francisca y Rita.

D. Carl. Eso no... (1) Delante de mí nadie ha de ofenderla.

Doña Franc. Carlos!

D. Carl. Disimule (2) usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

Doña Iren. Qué es lo que me sucede, Dios mío!... Quién es usted?... Qué acciones son estas?... Qué escándalo?...

D. Dieg. Aquí no hay escándalos... Eres de quien su hija de usted está enamorada... Separarlos y matarlos, viene á ser lo mismo... Carlos... No importa... Abraza á tu muger (3).

Doña Iren. Con que, su sobrino de usted?..

D. Dieg. Si señora, mi sobrino: que con sus palmadas, y su música y su papel me ha dado la noche mas terrible que he tenido en mi vida... Qué es esto, hijos míos, qué es esto?

Doña Franc. Con qué usted nos perdona y nos hace felices?

D. Dieg. Sí, prendas de mi alma... (4) Sí.

Doña Iren. Y es posible que usted se determine á hacer un sacrificio...

D. Dieg. Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... Carlos! Paquita! que dolorosa impresion me deja en el al-

ma el esfuerzo que acabo de hacer!... Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

D. Carl. Si nuestro amor (5), si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á usted en tanta pérdida...

Doña Iren. Con que el bueno de D. Carlos! Vaya que...

D. Dieg. El y su hija de usted estaban locos de amor, mientras usted y las tias fundaban castillos en el ayre, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido, como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece: estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto, lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba... Ay de aquellos que lo saben tarde!

Doña Iren. En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor, venga usted: que quiero abrazarle... (6) Hija, Francisquita, vaya! Buena eleccion has tenido... Ciertamente es un mozo galan... Morenillo; pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

Rit. Sí, dígaselo usted que no lo ha reparado la niña. Señorita, un millon de besos (7).

Doña Franc. Pero, ves qué alegría tan grande?... Y tú, como me quieres tanto!... Siempre, siempre serás mi amiga.

D. Dieg. Paquita hermosa (8): recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre.... No temo ya la soledad terrible que

(1) *Sale don Carlos del cuarto precipitadamente: coge de un brazo á doña Francisca, se la lleva hacia el fondo del teatro y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.*

(2) *Acercándose á don Diego.*

(3) *Don Carlos va adonde está doña Francisca: se abrazan y ambos se arrodillan á los pies de don Diego.*

(4) *Los hace levantar con espresiones de ternura.*

(5) *Besándole las manos.*

(6) *Abrazándose don Carlos y doña Irene. Doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.*

(7) *Doña Francisca y Rita se besan manifestando mucho contento.*

(8) *Abraza á doña Francisca.*

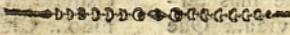
amenazaba a mi vejez... Vosotros (1) sereis la delicia de mi corazon, y el primer fruto de vuestro amor... Si; hijos, aquel... No hay remedio, aquel es para mi. Y cuando le acaricie en mis brazos, podré de-

cir: á mi me debe su existencia este nifio inocente, si sus padres viven, si son felices, yo he sidó la causa.

D. Carl. Bendita sea tanta bondad?
D. Dieg. Hijos, bendita sea la de Dios.

(1) *Asiendo de las manos á doña Francisca y á don Carlos.*

FIN



MADRID:

Imprenta que fué de Garcia; año de 1817.

Se hallará en la librería de la viuda de Quiroga, calle de Carretas, juntamente con un gran surtido de comedias, tragedias, sainetes y demas piezas dramáticas